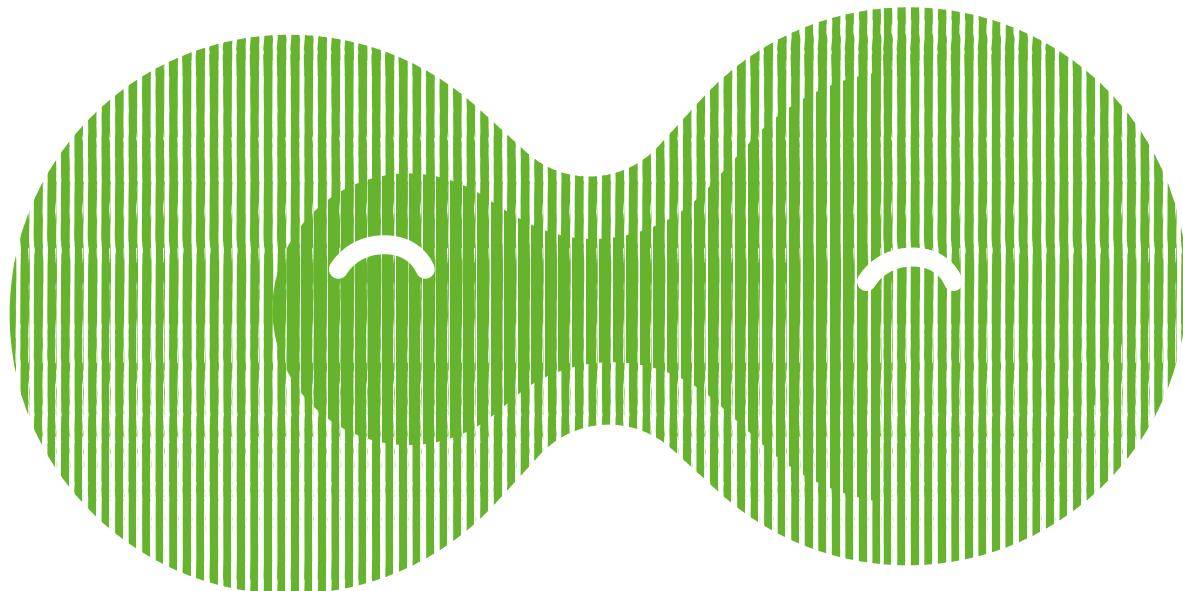


Intervenciones sobre lo íntimo

RETÓRICA DEL
DISEÑO IV 2025



Cátedra

Lic. Dis. Javier Frontera
D.I. Valentina Junca
Lic. Camila Aguirre Vallés

Diseño & Territorio



Facultad de
Arquitectura
y Diseño

Intervenciones sobre lo íntimo

Diseño & Territorio

**Lic. Dis. Javier Frontera
D.I. Valentina Junca
Lic. Camila Aguirre Vallés**

RETÓRICA DEL DISEÑO IV 2025

Mgtr. Arq. Matías Dinardi

Decano

Facultad de Arquitectura y Diseño UCC

Estimada comunidad de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Córdoba:

Es una gran satisfacción presentar este libro de la Cátedra: **Retórica del Diseño IV**, una producción que refleja el crecimiento y fructificación académica de nuestra **Licenciatura en Diseño**; que ha sabido consolidar su identidad, invitando a comprender el diseño desde la complejidad desde múltiples dimensiones.

Asumir esta mirada integral no es un desafío menor. Exige apertura, pensamiento crítico y la capacidad de articular lenguajes diversos para proyectar soluciones frescas, responsables, innovadoras y humanas. Ese es uno de los mayores valores de la Licenciatura: formar profesionales capaces de leer el mundo y transformarlo desde una práctica profesional, rigurosa y creativa.

Este libro es testimonio de ese proceso, acompañando el recorrido académico, promueve el intercambio y fortalece nuestra comunidad a través del diseño. En espera también que esta acción sea un germe para replicarse y dejar testimonio del trabajo de gente comprometida.

Con el entusiasmo de siempre y la convicción de que seguimos creciendo juntos, celebramos esta nueva producción académica que enriquece a nuestra Facultad y a quienes la forman.

Mgtr. Arq. Mariana Scully

Secretaria de Grado y Proyección Social
Facultad de Arquitectura y Diseño UCC

La Licenciatura en Diseño de la Universidad Católica de Córdoba comenzó su recorrido en 2023, con el desafío de construir una propuesta académica que entendiera al diseño desde una mirada amplia, integradora y contemporánea. El próximo año tendremos nuestra primera cohorte que completa los cuatro años de formación, y eso nos invita a mirar con orgullo el camino recorrido.

No ha sido un proceso sencillo. Pensar el diseño desde la idea general del mismo, implica una complejidad que exige diálogo constante, apertura y trabajo conjunto entre docentes y estudiantes. Pero justamente en esa diversidad radica el valor de la carrera: formar profesionales capaces de abordar el diseño como un campo transversal, que vincula la técnica, la comunicación, la estética y la responsabilidad social.

Desde la gestión, acompañamos este crecimiento con la convicción de que cada cátedra tiene un papel clave en la **construcción de la identidad de la Licenciatura**. Por eso

celebramos especialmente iniciativas como la que presenta la Cátedra de Retórica del Diseño IV, que no sólo comparte los resultados de un proceso de enseñanza, sino que deja testimonio del compromiso y la pasión que sostienen el día a día de nuestra comunidad académica.

Este libro refleja una forma de trabajar que valoramos profundamente: un modo de enseñar que se apoya en la reflexión, en la palabra y en la búsqueda de sentido del diseño. Muestra cómo el taller puede ser también un espacio de producción cultural, donde los estudiantes aprenden a pensar y a comunicar sus ideas con claridad y propósito.

Apostar por nuestros docentes y por sus proyectos es apostar por el futuro de la carrera. Cada experiencia que se comparte y se pone en común fortalece el crecimiento de la Licenciatura, y reafirma nuestro compromiso con una formación universitaria que no solo enseña a diseñar, sino también a comprender el impacto que el diseño tiene en la sociedad.

Mgtr. Di. Denise Qari Joneret

Directora Lic. en Diseño

Facultad de Arquitectura y Diseño UCC

Diseño, el grado y su vinculación

La Licenciatura en Diseño (LD), carrera de grado que inicia en 2023 en la Facultad de Arquitectura y Diseño (FAD) de la Universidad Católica de Córdoba (UCC), contempla diferentes esferas del mundo proyectual como lo es el diseño comunicacional, la dimisión objetual, el interiorismo y diseño de experiencias.

Para afrontar este desafío, la LD cuenta con áreas disciplinares que buscan ofrecer una formación completa y en constante actualización. Espacios tales como los instrumentales, sociales, proyectuales, de gestión y marketing, con vinculación directa y constante con el mundo profesional y laboral, por sobre todo, con áreas vinculadas a la creatividad.

Es muy necesario e importante desatacar la línea de módulos que se incorpora en 2024, denominamos **Retórica del Diseño**, que arroja luz sobre las maneras de comunicar diseño y sobre cómo la cultura material se manifiesta. Estos módulos están distribuidos en cuatro

semestres de primero y segundo año. Esta organización en el plan de estudios asegura la formación crítica y reflexiva de nuestros estudiantes al momento de obtener el título intermedio de **Técnico/a en Diseño**.

Con el paso de los años, se incrementó notablemente la cantidad de estudiantes, lo que permite intercambiar experiencias y trayectos formativos que integran la diversidad de vivencias, aspectos necesarios y valiosos para los procesos de diseño. Reivindicar a la persona y su historia dentro de los procesos de creación y proyección disciplinar constituye un eje fundamental de nuestra propuesta.

La importancia del rol docente en nuestra Licenciatura, con personas comprometidas con la profesión, radica en la búsqueda constante por crear, pensar nuevos desafíos y observar la actualidad. Ese compromiso profesional y disciplinar da lugar a este trabajo de cátedra, que permite pensar y repensar

el territorio y el diseño. En este proyecto en particular, la importancia reside en la posibilidad, por parte de los estudiantes, de realizar prácticas y acciones desde el diseño que sean situadas: en lugares propios, comunes, de la sociedad y la comunidad.

En este sentido, me permito referenciar a una autora y comunicadora argentina que vincula aspectos de la territorialidad y las manifestaciones y posibilidades del diseño:

"Ha nacido un nuevo paradigma en el diseño y América Latina es pionero en él. Un paradigma que se basa en el binomio artesanía- diseño, en el comercio justo, el medioambiente y en él que la ética predomina por sobre la estética. El rol del diseñador ha cambiado porque los escenarios son otros, y el Sur es el nuevo Norte."

Cambariere, 2017

Reivindicar el diseño como emergente de manifestaciones sociales y culturales.

Reivindicar el diseño como parte de nuestro territorio, de un territorio proyectual en construcción.

Reivindicar el diseño como una producción personal en pos de lo colectivo, ya que es y forma parte de una comunidad determinada, es, de alguna manera, lo que se plantea desde un lugar de aprendizaje y formación.

Cambariere, L. (2017). *El alma de los objetos: Una mirada antropológica del diseño*. Experimenta Editorial.



**Lic. Dis. Javier Frontera
D.I. Valentina Junca
Lic. Camila Aguirre Vallés**

Cátedra Retórica del Diseño IV
Facultad de Arquitectura y Diseño UCC

Sensibilidades del Diseño en el abordaje de los Territorios

Intervenciones sobre lo íntimo. Diseño & Territorio propone un recorrido de experiencias de Proyecto desde la Cátedra Retórica del Diseño IV, espacio curricular del segundo año de la Licenciatura en Diseño de la Universidad Católica de Córdoba, en Argentina.

Conforman la disciplina del Diseño la relación indisociable entre teoría y práctica; este abordaje dual de los aprendizajes habilita poder sistematizar los saberes como un conocimiento generalizado, undar sentido a determinados aspectos de la realidad.

"Como campo del saber de naturaleza proyectual, el diseño tiene el potencial de convertirse en un laboratorio de experimentación y especulación para activar otras maneras de relacionarnos entre humanos, así como con las otras entidades y vitalidades terrestres que organizan y dan continuidad a la vida."

(Tironi, 2024)

Pensar las prácticas proyectuales del Diseño desde y en el territorio implica repensar las definiciones que, anidadas en nuestro sentido común, nos convidan la imagen de límites fijos y de un suelo irreprochablemente firme.

Es aquí donde Vinciane Despret (2019) nos invita a pensar de maneras harto más dúctiles los modos de territorializar que, como seres vivos, tenemos: viraje que, además de cargar de plasticidad esas rígidas acepciones casi pre-aceptadas, coloca el acento en un sistema que los sujetos contribuyen a sostener.

Para Vinciane Despret, el territorio es

“una red dinámica de relaciones activas que incluye cuerpos, memorias, materiales y gestos, en contraposición a una visión de propiedad o control”

dicha frase, matriz que da sentido a este espacio curricular, devela una relación activa entre el diseñador y su ambiente.

En el centro de esta concepción de territorio se ubica, entonces, una dimensión práctica: la acción de habitar, lejos de constituir un rol pasivo en la mera ocupación de un espacio ya delimitado, comprende la posibilidad de que sujetos en general –y diseñadores en particular– realicen intervenciones.

En tal sentido, y en tanto la retórica (arcaico arte de la persuasión) se vincula, en el Diseño, con la manera en que los objetos moldean y afectan actitudes (Buchanan, 1985), esta ma-

teria propone enunciar la pregunta del Diseño como una pregunta ontológica:

“El Diseño diseña. Diseñamos el mundo, y este diseño actúa sobre nosotros y nos diseña.” (Anne-Marie Willis).

A su vez nuestro entorno ubicuamente diseñado nos predispone a diseñar de cierta forma generando un proceso circular.

Esta dinámica nos da cuenta de la complejidad de la que participa el Diseño tanto en objetos, en sujetos, en agentes y en procesos, como diversos enfoques para intencionar pero sin caer en la objetivización del Diseño, lo cual implicaría no tener en cuenta la misma naturaleza del mismo, una dinámica coytural y relacional.

Postulando una alternativa al paradigma tradicional que coloca al diseñador en el cruce entre una problemática a identificar y una

solución a diseñar, Retórica del Diseño IV convocó, en cambio, a enunciar interrogantes a un territorio que no se pretende tanto mejorar como habitar de manera consciente. El devenir material de cada pregunta no dejaba, sin embargo, de constituir una intervención: se incitó al estudiantado a dialogar con el territorio, a diseñar acciones que, aunque sencillas, develaran las relaciones de la costumbre para echar luz sobre aquello que se quería conocer. Validar la dimensión retórica del proceso de Diseño: que el estudiantado compruebe efectivamente el modo en que sus acciones persuaden modos específicos de territorializar.

Así, a partir de pequeñas interrupciones a la experiencia cotidiana, se logró cierta llegada a las zonas íntimas de las personas que circulan los territorios intervenidos: objetos dispuestos en baños públicos, parques o zonas comerciales permitieron ahondar en tramas vinculares, ansiedades y anhelos. He aquí el

punto de partida desde el que se titula esta publicación: los trabajos aquí comprendidos son registros testimoniales de estas intervenciones que, mediante la disciplina del Diseño, lograron indagar en las redes de relaciones que conforman distintos territorios de la ciudad de Córdoba.

Los supuestos ontológicos y epistemológicos que están en el origen del diseño moderno deben ser interrogados y hacerse cargo de la nueva “condición terrestre” generando mundos más vivibles con las diversas especies y ecosistemas.

“A qué supuestos y valores ha respondido la política del diseño actualmente hegemónica en nuestra sociedad? ¿Cuáles son las concepciones de mundo que han orientado el diseño moderno? El valor de la tecnología depende del uso y no de su naturaleza”.
(Coccia, 2023)

Como cierre de los proyectos el espacio curricular propuso la sistematización escrita de las experiencias como modo de síntesis y comunicación pensada para otros diseñadores que busquen también diseñar en territorio. Correrse de toda consideración de intervenciones más o menos exitosas permitió reflexionar en torno al trabajo hecho como un ensayo que, más allá de los resultados obtenidos, posee implicancias de gran valor para el aprendizaje en la disciplina. En ese sentido, como reza la cita que da inicio a este texto, el Diseño funciona como efectivo laboratorio de experimentación para activar nuevos modos de relacionarnos.

Lo que sigue es una serie de crónicas, género discursivo que no incidentalmente remite a las conquistas territoriales, pero también a la tradición periodística: lo que se buscó con ellas es ordenar una relación de las experiencias en territorio. En consonancia con el desplazamiento de un paradigma de problema/

solución, la crónica responde a una voluntad de verdad que, no obstante, no coloca al autor en una posición de saber privilegiado: es nada más y nada menos que testigo de aquello que narra, y su subjetividad no puede sino colarse entre sus palabras. De alta carga descriptiva y narrativa, la crónica resultó idónea para referir los testimonios de diversos modos de territorializar.

En primer lugar, el capítulo “*¿Qué pesa más?*” recoge las experiencias de las autoras en dos ferias de larga trayectoria en la ciudad de Córdoba, con el fin de evaluar la intencionalidad de transeúntes en un paseo que parece exceder los meros fines del consumo. Seguidamente, el texto “*Es anónimo...*” nos traslada a los cubículos de baños de mujeres en bares, donde un papel y un fibrón rojo dispuestos en el pequeño capullo de una experiencia por más íntima hurgan en los miedos de quienes transitan la noche y la fiesta. En tercer lugar, “*El panal de las artes en Qüe-*

mes” nos invita a pensar las redes de colaboración que sostienen territorios que, a primera vista, parecieran funcionar de manera independiente. “*Diseño en territorio: ensayo de un desajuste*” propone una intervención que no añade al territorio sino que substraé algo de él, prometiendo cuestionar en qué medida los sujetos se involucran en la mantención de sus propios hábitats residenciales. El quinto capítulo, “*Huellas vivas en un territorio compartido*”, echó luz sobre la tradición quizá desconocida de galerías comerciales de la ciudad y buscó dar cuenta de la mayor o menor conciencia que tienen los cordobeses respecto de los territorios que circulan cotidianamente. Por otra parte, la intervención relatada en “*Circularnos*” lanzó un ensayo de branding a la viva y renovada Plaza España, generando una estrategia de persuasión con potencial inferencia a la disciplina del Diseño. “*El sendero que guarda*”, entrada que le sigue, reflexionó, de modo similar al anterior, acerca de qué implica efectivamente irrumpir

Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro: modos de hacer y pensar los territorios*. Editorial Cactus.

Buchanan, Richard. *Declaración por Diseño: Retórica, Argumento y Demostración en la Práctica del Diseño*

Willis, A.-M. (Ed.). (2018). *The design philosophy reader*. Bloomsbury Publishing PLC.

en un territorio para obtener las respuestas que se buscan. Los dos capítulos siguientes, “*Habitamos sin conocer*” y “*¿Observas lo que miras*”, encontraron en zonas parquizadas de la ciudad, zonas de reflexión de lo íntimo: el primero se preguntó por los modos en que hacemos propios los espacios públicos que circulamos en nuestros tiempos libres, mientras que el segundo trasladó la pregunta por el mantenimiento de un delicado campo como el Rosedal a las tareas de cuidado que sostienen y “riegan” a quienes lo transitan. Finalmente, el último capítulo de esta compilación, “*¿Qué estamos haciendo para evitarlo?*”, no temió incomodar sensibilidades con una intervención realizada en la Reserva Natural San Martín que dejó interesantes hallazgos para pensar el rol de los diseñadores.

Que la reflexión sea insumo para volver sobre nuestras prácticas de diseño, que lo sensible se vuelva percepción y logremos integrar los territorios del Diseño.

Coccia, E. (Director). (2023, July 11). *Modernidades no-humanas. Ecología, arte y mundo digital*. <https://www.youtube.com/watch?v=zDI0FQ5fAmc>

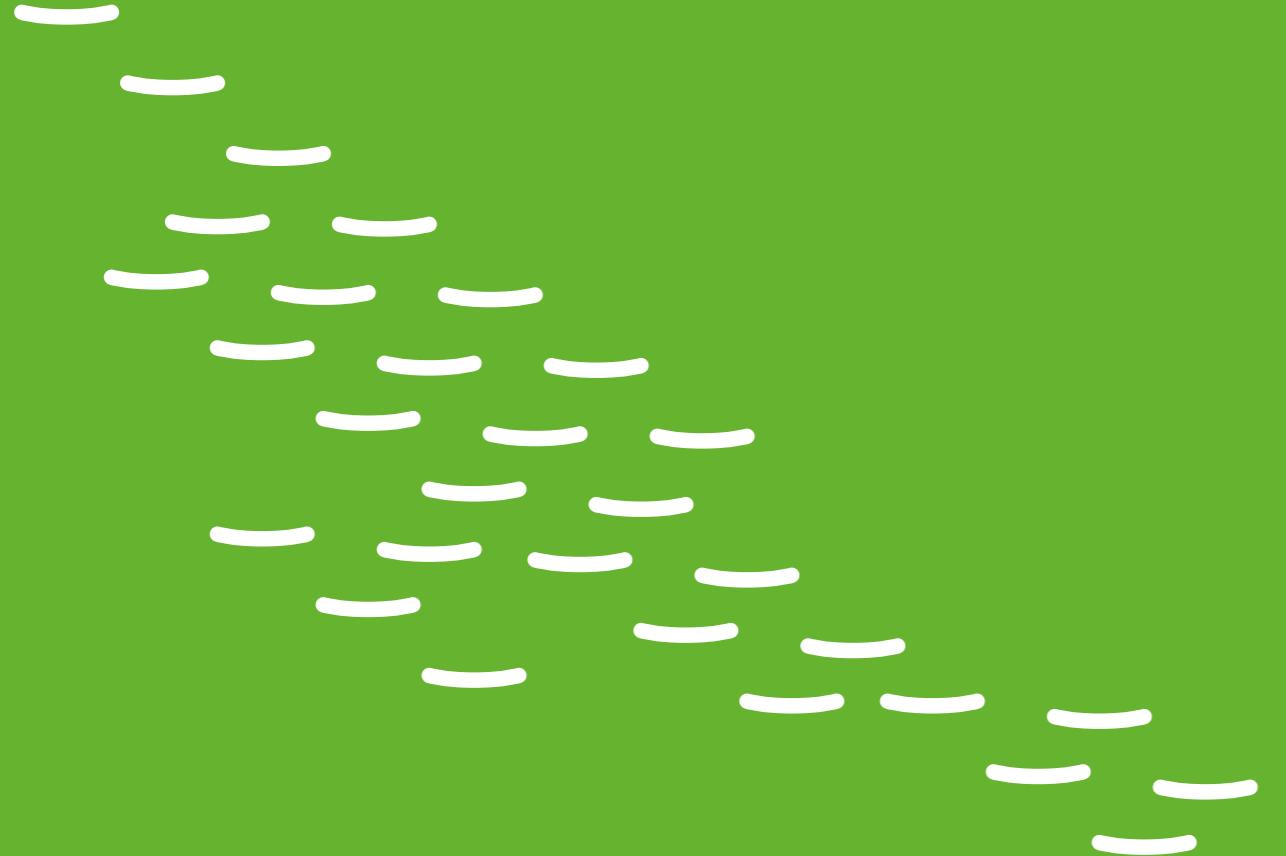
Tironi, M. (2024). *Cómo volvemos terrestres: Diseño para la habitabilidad planetaria* (Hugo Palmarola, Eden Medina, Pedro Ignacio Alonso, Ed.). Lars Müller.

TERRI- TO- RIOS

¿Cómo
abordarlos
desde la
disciplina
del Diseño?

ÍNDICE DE TERRITORIOS

24	¿Qué pesa más? Feria Qüemes y Bulnes	Assis, Paula Burgos, Camila Fiori, Bernarda Ricco, Sofia	90	Castro, Fernando Wenderdel, Julian
38	Es anónimo Baños Mujeres	Murúa, Martina Qentili, Martina Muñoz, Quadalupe Valdomero, Luna Carrara, Lucio Flores, Lourdes	104	Ruiz, Abril Molina, Rocío Ramos, Valentina Aráoz, Martina González, Sofía Novarino, Lucía
48	El panal de las artes Feria Qüemes	Milisenda, Agostina Santi, Francesca Reggiani, Agostina	118	Verzilli, Milena Lanfranco, Catalina Orozco, Tiziana Vinderola, Camila Carrizo, Delfina Varela, Lola
62	Diseño de un desajuste Fortín del Pozo	Lorda, Vicente Quetglas, Ramiro Alessi, Valentina Qattas, Martina Qhisler, Thiago	132	Nuñez, Alma Malvasio, Dolores Laphitzondo, Angeles Martinez, Maria Jose Perdoménico, Martina
76	Huellas vivas en un territorio compartido Galerías del centro	Nicola, Martina Leone, Franca Qarrigó, Victoria Dávila, Martina De María, Magdale	146	Antonel, Agostina Maurizio, Quadalupe De Arteaga, Francisco Salas, Candelaria Fernández, Emilia
90	Circularnos Plaza España			
104	El sendero que guarda Sendero Valle Escondido			
118	Habitamos sin conocer Parque del Chateau			
132	¿Observás lo que mirás? Rosedal del Parque Sarmiento			
146	¿Qué estamos haciendo para evitarlo? Reserva San Martín			





¿QUÉ
PIensa
MÁS?



El aire estaba cargado de aromas, una mezcla perfecta entre el olor a pan caliente recién salido del horno, pastelitos fritos y humo de incienso. La música, la comida y la producción artesanal se unían una vez más, como cada fin de semana, para brindar una experiencia única a cada persona. Al caminar entre los puestos de madera, adornados con la identidad propia de cada feriante, se revelaban dos maneras de transitar. Había quienes avanzaban rápido, distraídos por sus propias necesidades y cruzaban por los pasillos sin prestar tanta atención a su alrededor, al menos no hasta que se encontraban con un objeto que les llamaba la atención. Pero también estaban quienes se veían atraídos por cada puesto que cruzaban, donde miraban, preguntaban, tocaban y

probaban los productos que se vendían. Como si quisieran absorber la experiencia completa. Pero no se trata solo de comprar o vender. Lo que recorriamos era un territorio en movimiento, un sitio que se expandía y contraía como un cuerpo vivo, donde cada feriante defendía su lugar como si fuera un hogar momentáneo. De lejos, podría parecer caótico; mantas en el suelo, puestos apretados, voces superpuestas, olores mezclados, pero al estar adentro, ese desorden aparente se transformaba en un lugar perfectamente organizado. Como los tentáculos de un pulpo, cada parte se movía a su ritmo, pero todas respondían a una misma energía central.

La feria no podía definirse con palabras precisas, era un espacio híbrido, donde lo tangible y lo intangible se entrelazaban. No era solo un mercado donde se produce un intercambio de dinero y consumo. Era a su vez un lugar de encuentro, de conversación. Esto nos hizo debatir y preguntarnos:

¿La feria es una experiencia a vivir? ¿o una compra a realizar?

¿La gente lo considera una oportunidad para conseguir artículos de segunda mano, a un precio menor que en el mercado o de carácter único gracias a la mano de obra propia, o un lugar para disfrutar con personas cercanas? Decidimos adentrarnos en el territorio y comprobarlo nosotras mismas.



GÜEMES

Domingo, 31 de Agosto

Ese domingo el cielo estaba gris, hacia frío, y la lluvia había dejado charcos en la vereda. Pensamos que nadie iría, pero cuando llegamos al Paseo de las Artes nos sorprendió la cantidad de gente circulando. No eran multitudes, pero sí lo suficiente como para que la feria respirara.

Llevábamos con nosotras una **balanza** hecha de cartón, hilos y madera, que traía una pregunta escrita:

Para vos, ¿Qué pesa más en la feria?



Un artefacto silencioso, que mediante una breve consigna invitaba a elegir. Una piedra de un lado o del otro, una decisión pequeña, pero que en su sencillez condensa la esencia de lo que significa habitar la feria.

Quisimos colocarla frente al cartel principal donde se anuncia la feria, pero una artesana se nos acercó: "Ahí no puede ser, la gente se saca fotos", dijo con un tono firme pero tranquilo.

Nos sugirió un lugar vacío, el puesto donde suelen estar los perritos en adopción, que no estaban presente.

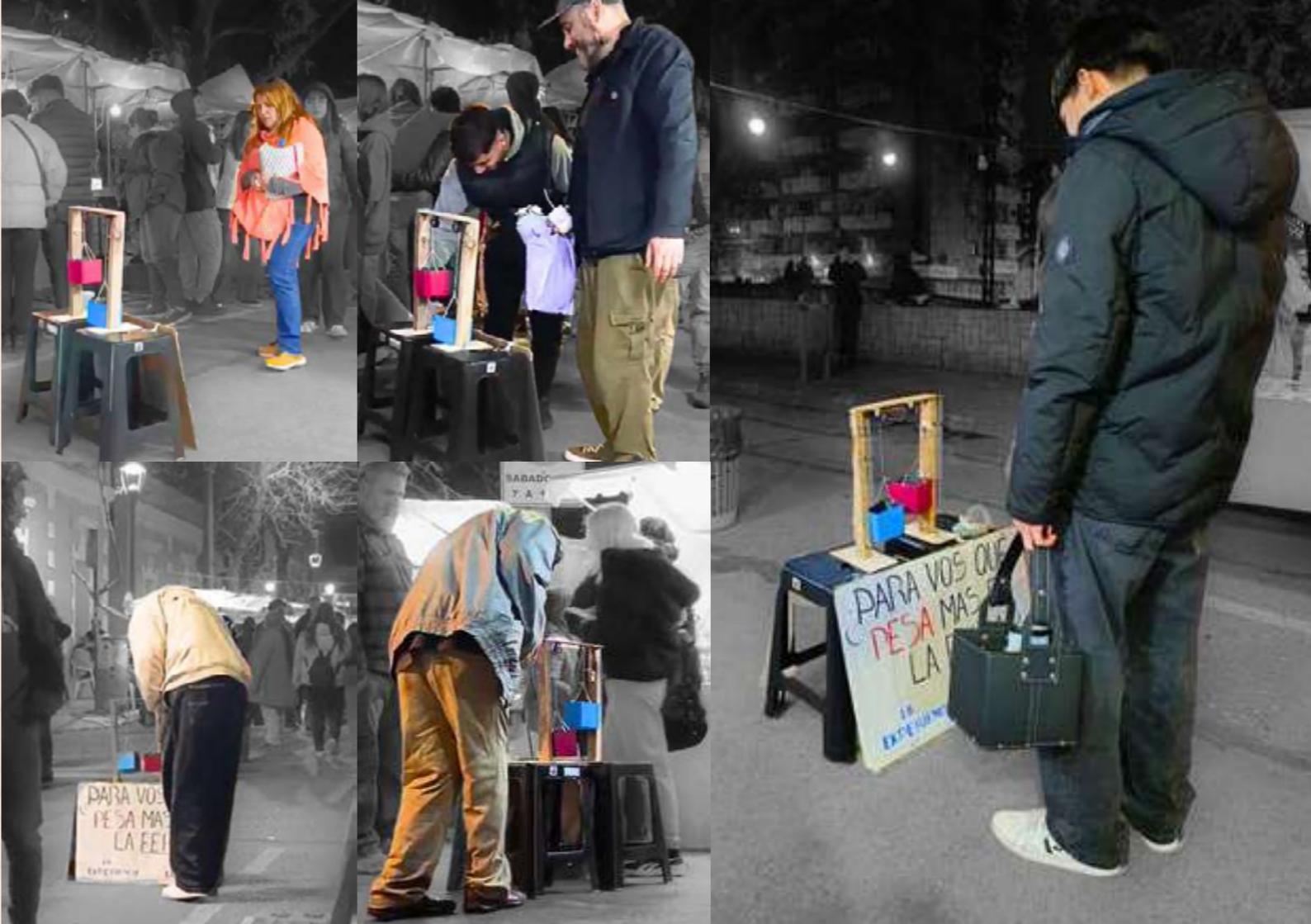
Pero era oscuro, apartado e invisible, sabíamos que ahí, nuestra balanza sería ignorada. Entonces la llevamos al final de la cuadra, bajo la luz de los focos, donde había **espacio y movimiento**.

56 Experiencia

34 Compra

La respuesta fue inmediata, la gente se acercaba sola, miraba la balanza, se reía, discutía en voz baja, y al final dejaba caer la piedra de su **elección**. Los niños elegían sin dudar la compra, quizás porque aún ven el mundo como un lugar donde se busca obtener. Los adultos se demoraban más, como si la decisión los enfrentara a sus propias memorias: el paseo, la charla, el encuentro. Los feriantes eran los más indecisos: necesitaban las ventas, pero sabían que la feria sin vivencia no tendría sentido. Cada piedra caía con un sonido leve, pero con un peso simbólico enorme.

Ese día juntamos noventa y un votos. La balanza se inclinó hacia lo intangible, hacia lo que no se guarda en una bolsa sino en la memoria.



BULNES

Domingo, 06 de Septiembre

Una semana después, el clima nos regaló un día distinto. El cielo estaba despejado, el sol alumbraba todo el barrio y una brisa suave alivianaba el calor del mediodía. Esa vez fuimos a otra feria, la más grande de toda la provincia. Un monstruo de quince cuadras que se desplegaba sobre las vías del Boulevard Bulnes, en barrio Talleres Este.

Había de todo: ropa, calzados, juguetes, herramientas e incluso productos de supermercado. Esta feria, a diferencia de la otra, tenía un pulso más acelerado, más comercial, y la cantidad de personas circulando también era notablemente mayor.



Colocamos la balanza a unos metros de la entrada, entre dos puestos atendidos por vendedoras muy amables que, con una sonrisa curiosa, se acercaron interesadas en nuestra intervención y con ganas de participar e invitar a quienes pasaban caminando. A pesar del gran flujo de gente, nadie se detenía, miraban de reojo y seguían de largo. Al notar esto, las feriantes vecinas nos dijeron "por experiencia propia, les aconsejo que estén paradas al lado para decirles a la gente que puede votar, porque si no ni lo miran". Pero esa no era nuestra idea, queríamos que la intervención hablara por sí sola, que invitara a participar sin nuestra presencia.

Por segunda vez, y con un poco de frustración, movimos nuestra interven-

ción al sitio sugerido por la señora. Sí, era un lugar más amplio en donde no molestábamos a nadie, pero la cantidad de gente era notablemente menor. La participación fue prácticamente nula, solo un par de personas se acercaron a dejar su piedrita. Y como si no bastara, un vendedor de pastelitos se nos instaló justo delante de nosotras tapando la vista.

Al cabo de unos minutos y ante la poca participación, decidimos trasladar la balanza a otro lugar más espacioso y con mayor flujo de personas. No tardó en acercarse una feriante, "Chicas, acá estorban. Este es un lugar de paso, mejor váyanse a las vías".



Los ánimos ya habían disminuido, estábamos cansadas, desilusionadas y no estábamos obteniendo los resultados esperados. Intentamos un último cambio de posición, nos adentramos más al centro de la feria y encontramos un pasillo que no era tan angosto como los demás, por lo que el paso no iba a ser interrumpido. El viento comenzó a soplar moviendo nuestro cartel y la participación no mejoraba. Luego de unos minutos, y unas piedras hurtadas por una niña, comprendimos que no íbamos a conseguir mejores resultados de los que ya habíamos obtenido en esas dos horas, así que decidimos comenzar a juntar las cosas para dar como finalizada la intervención. En ese mismo instante, un vendedor se nos acerca para consultarnos si ya nos íbamos. De lo contrario, nos

pidió que nos corriéramos, ya que tapabamos su puesto y disminuían sus ventas.

En esta ocasión solo logramos juntar 26 votos, 8 pertenecientes a la compra y 18 a la experiencia. Si bien los resultados cuantitativos fueron notablemente menores que la experiencia anterior, logramos obtener una gran cantidad de información **cuantitativa**. Comprendiendo que no todas las ferias se comportan igual; en cada una hay diferentes reglas, modos y organizaciones. Son territorios muy cambiantes, sensibles, que se abren o se cierran según las personas que lo habitan.



CON CLU SIÓN

La experiencia nos reveló que no existe una sola forma de "feria". La primera, más pequeña y cercana, nos abrió sus puertas con naturalidad: la balanza se convirtió en parte del paisaje, despertó curiosidad inmediata y la gente se acercó con

entusiasmo, generando un diálogo espontáneo entre feriantes, visitantes y nuestra propuesta. En cambio, la segunda, más extensa y comercial, nos recordó que todo territorio tiene sus reglas. Allí el espacio estaba más disputado, los visitantes caminaban con prisa y los puestos se defendían celosamente. Nuestra intervención se perdía entre la multitud, chocando contra límites invisibles que ordenaban el recorrido. Ambas compartían olores, colores y sonidos, pero no respiraban de la misma manera. Una nos mostró la feria como experiencia compartida; la otra, como espacio de consumo vigilado.

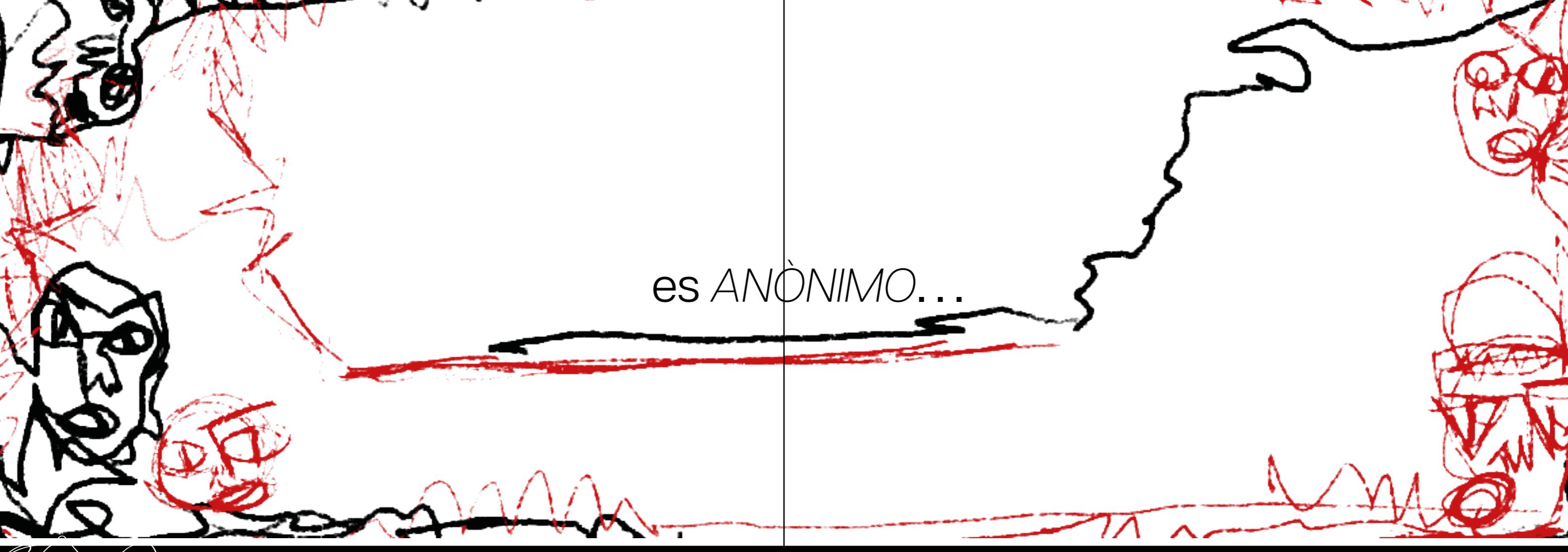
En base a la intervención realizada, pudimos determinar que las personas asisten a la feria más por la experiencia que por las compras en sí. Dicha experiencia está compuesta no solo por

la cantidad y variedad de puestos y productos, sino también por la música, los olores y la ambientación general. De este modo, la feria se configura más como un espacio compartido de encuentro, esparcimiento y recreación que como un lugar de consumo.

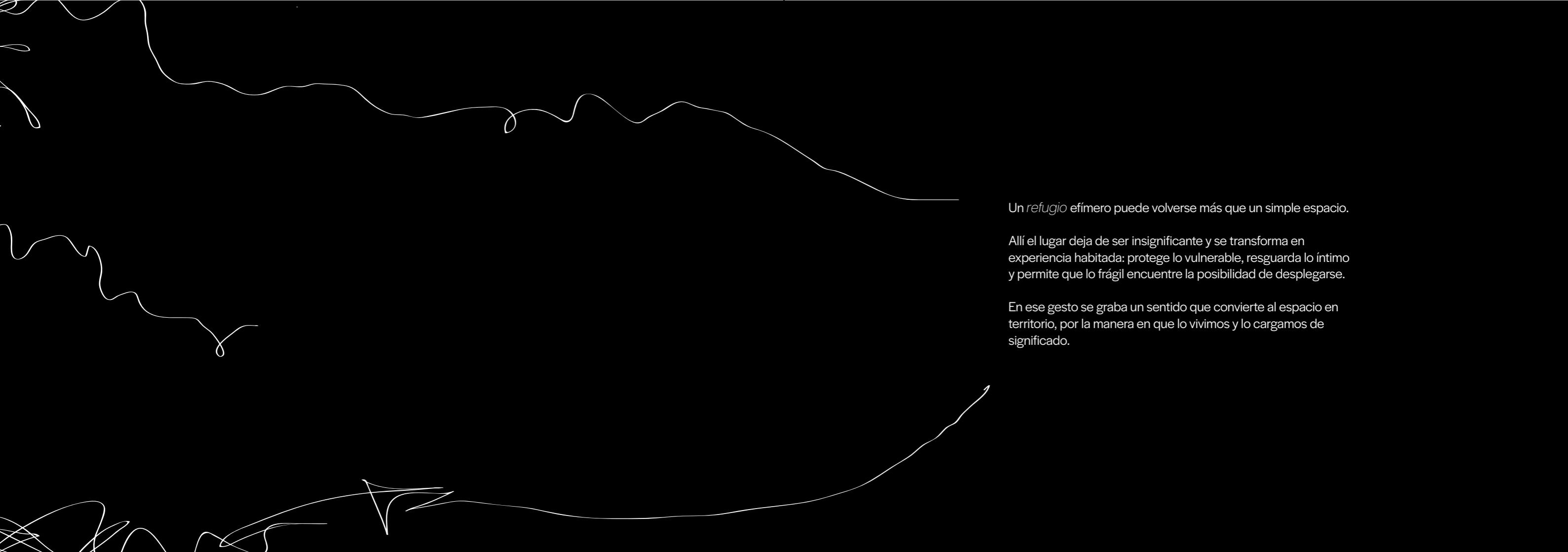
La balanza no fue un simple juego para medir preferencias. Se convirtió en un acto retórico, aunque no en el sentido clásico, no buscamos convencer mediante discursos ni argumentos lógicos, sino despertar una sensibilidad compartida, un pathos colectivo que aflora cuando la comunidad se reconoce en un gesto común y se anima a expresarse. Cada piedra depositada fue, al mismo tiempo, una decisión visible y una reflexión íntima sobre la feria, lo que significa para cada persona, los

recuerdos que evoca y el valor que adquiere en su vida cotidiana. Así, la acción de elegir dejó de ser un dato cuantificable para transformarse en un espejo de vínculos, emociones y sentidos compartidos.

Comprendimos que cada feria es única, un territorio en movimiento que se reinventa según su gente, su tiempo y su lugar. Conviven a la vez mercado y escenario, consumo y vivencia. Pero su verdadera identidad se configura en lo emocional, en lo simbólico, en aquello que no se puede guardar en una bolsa ni pagar con dinero. La feria cambia, se expande y se contrae, pero mantiene **su fuerza en la experiencia compartida**. Y es esa experiencia la que, más allá de cualquier compra, termina pesando más en la balanza.



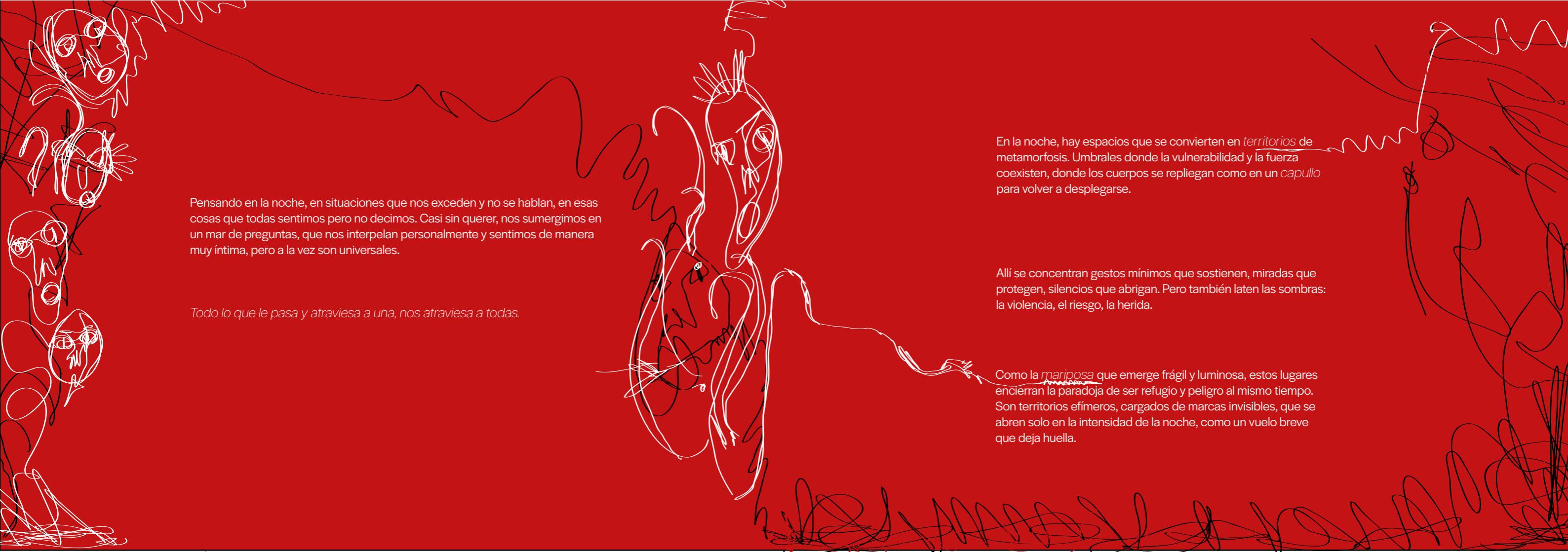
es ANÒNIMO...



Un *refugio* efímero puede volverse más que un simple espacio.

Allí el lugar deja de ser insignificante y se transforma en experiencia habitada: protege lo vulnerable, resguarda lo íntimo y permite que lo frágil encuentre la posibilidad de desplegarse.

En ese gesto se graba un sentido que convierte al espacio en territorio, por la manera en que lo vivimos y lo cargamos de significado.



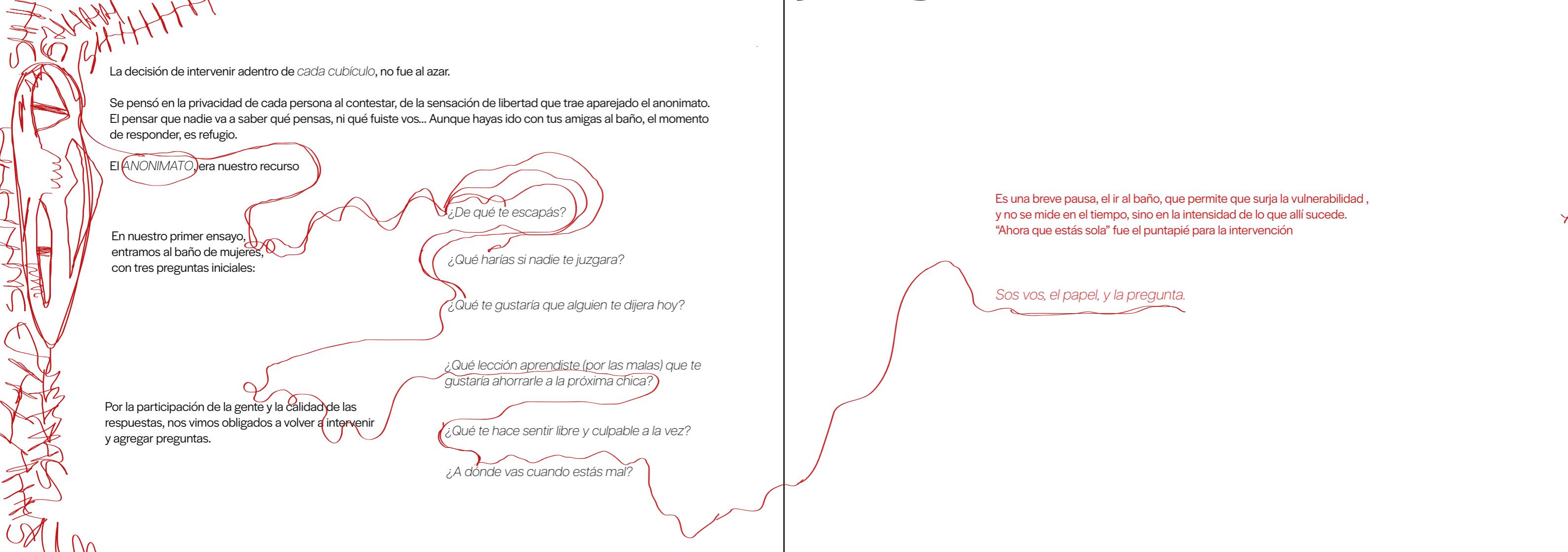
Pensando en la noche, en situaciones que nos exceden y no se hablan, en esas cosas que todas sentimos pero no decimos. Casi sin querer, nos sumergimos en un mar de preguntas, que nos interpelan personalmente y sentimos de manera muy íntima, pero a la vez son universales.

Todo lo que le pasa y atraviesa a una, nos atraviesa a todas.

En la noche, hay espacios que se convierten en *territorios de metamorfosis*. Umbrales donde la vulnerabilidad y la fuerza coexisten, donde los cuerpos se repliegan como en un *capullo* para volver a desplegarse.

Allí se concentran gestos mínimos que sostienen, miradas que protegen, silencios que abrigan. Pero también laten las sombras: la violencia, el riesgo, la herida.

Como la *mariposa* que emerge frágil y luminosa, estos lugares encierran la paradoja de ser refugio y peligro al mismo tiempo. Son territorios efímeros, cargados de marcas invisibles, que se abren solo en la intensidad de la noche, como un vuelo breve que deja huella.



La decisión de intervenir adentro de *cada cubículo*, no fue al azar.

Se pensó en la privacidad de cada persona al contestar, de la sensación de libertad que trae aparejado el anonimato. El pensar que nadie va a saber qué pensas, ni qué fuiste vos... Aunque hayas ido con tus amigas al baño, el momento de responder, es refugio.

El **ANONIMATO**, era nuestro recurso

En nuestro primer ensayo, entramos al baño de mujeres, con tres preguntas iniciales:

¿De qué te escapás?

¿Qué harías si nadie te juzgara?

¿Qué te gustaría que alguien te dijera hoy?

¿Qué lección aprendiste (por las malas) que te gustaría ahorrarle a la próxima chica?

Por la participación de la gente y la calidad de las respuestas, nos vimos obligados a volver a intervenir y agregar preguntas.

¿Qué te hace sentir libre y culpable a la vez?

¿A dónde vas cuando estás mal?

Es una breve pausa, el ir al baño, que permite que surja la vulnerabilidad, y no se mide en el tiempo, sino en la intensidad de lo que allí sucede. “Ahora que estás sola” fue el puntapié para la intervención

Sos vos, el papel, y la pregunta.

EL PANAL DE LAS ARTES EN GÜEMES

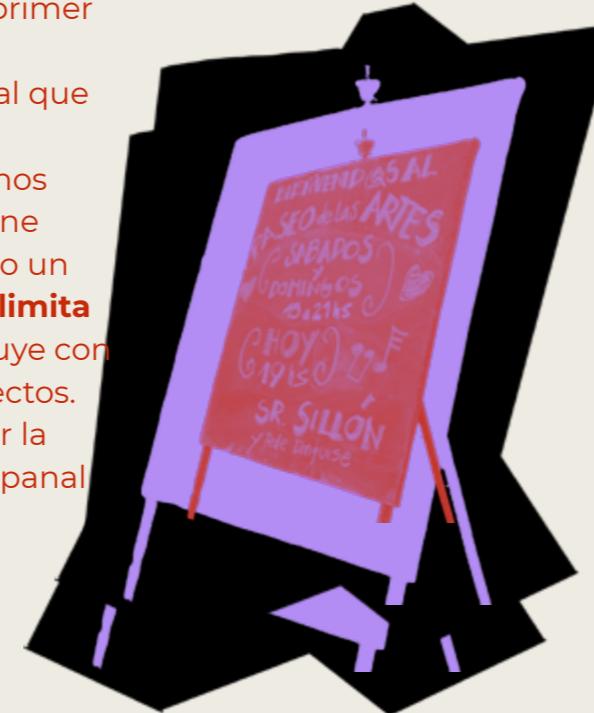


El aire de la feria de las artes de Barrio Güemes es distinto al de cualquier otro rincón de Córdoba. Apenas uno dobla por las calles angostas que rodean La Cañada, los sentidos se despiertan como si alguien subiera el volumen de todo lo que sentís. Hay un olor intenso, mezcla de cuero curtido, plata recién ilustrada, incienso que dibuja espirales en el aire y flores que parecen abrirse entre las manos de los feriantes. Se escuchan pasos sobre el empedrado, conversaciones cruzadas y el crujido metálico

de las perchas que sostienen ropa usada. La feria no es solo un mercado, es una coreografía de personas, objetos y sonidos que no se repite nunca de la misma manera. Cada día, cada hora, la feria late diferente.

Ese sábado llegamos temprano con nuestro grupo, la feria siempre está sabados y domingos desde las 15hs hasta las 21hs, ese día fuimos a las 17hs, cargando hojas blancas, marcadores de colores y una idea que llevaba semanas pensándose.

Queríamos hacer una intervención que nos ayude a comprender el territorio más allá de lo evidente. Desde el primer día que hablamos de territorio y elegimos a la abeja como el animal que nos representa, supimos que no queríamos definirlo solo en términos geográficos. Inspirados por Vinciane Despret, veíamos el territorio como un espacio que **no se posee ni se delimita con fronteras**, sino que se construye con los cuerpos, las relaciones y los afectos. Esa definición nos llevó a imaginar la feria como un organismo vivo, un panal lleno de movimiento.



La metáfora de la abeja reina apareció en nuestra maqueta. No como un símbolo de poder, sino como una presencia que organiza y hace posible la vida colectiva. La abeja reina no gobierna ni manda: simplemente habita, y su existencia permite que todo a su alrededor cobre sentido. Así queríamos mirar la feria: no como un espacio controlado, sino como una **red de presencias que se necesitan mutuamente**.

Con esta idea en mente, diseñamos nuestra intervención. La feria de las pulgas nos parecía el escenario perfecto para probarlo. Allí, cada puesto cuenta una historia; cada objeto, desde un anillo de plata hasta una taza esmaltada, tiene detrás una cadena de usos, manos y recuerdos. El territorio, pensamos, debía estar hecho de esas memorias compartidas. Queríamos escucharlas, recolectarlas y trazar con ellas un dispositivo que mostrara no solo el lugar físico, sino también la **trama invisible de significados que lo sostiene**.

Nuestro plan era sencillo: acercarnos a las personas que recorrían o vendían en la feria y hacerles dos preguntas. La primera: “**¿Qué creés que necesita la feria de cada persona que viene?**” La segunda: “**¿Qué cosas hacen única a esta feria?**” Queríamos que las respuestas fueran genuinas, así que no usamos grabadoras ni entrevistas largas. Les dábamos una hoja con la pregunta y un marcador para que escribieran lo primero que se les viniera a la cabeza. Luego, les pedíamos permiso para sacarles una foto sosteniendo su respuesta. Con todo esto, colgaríamos todas esas fotos y frases en un mural, uniendo cada una con hilos de colores para dibujar las conexiones que fueran apareciendo.

La retórica, entendida como el arte de construir sentido a través de las palabras y los gestos, se hizo visible en nuestro proyecto: cada frase escrita no era solo una respuesta, sino un modo de encontrarnos. Y en ese ejercicio de comunicación compartida nos llevó a la pregunta que nos habíamos hecho primero:

¿**¿Qué** necesito del **c**
ecesito del otro? **¿Qu**
otro? **¿Qué** **necesito** c
é necesito del otro? **¿C**
? **¿Qué** necesito del o
¿**Qué** necesito del otr
del otro? **¿Qué** neces
ié necesito del **otro**? .

Empezamos a recorrer los pasillos de la feria con una mezcla de nervios y entusiasmo. El primer intento fue tímido: nos acercamos a una mujer que estaba parada frente a un puesto de ropa vintage. Le explicamos nuestra propuesta y ella sonrió, aceptando de inmediato. Decidió contestar la pregunta de “¿Qué cosas hacen única a esta feria?” Escribió: “*la variedad de cosas, las técnicas, a mi me maravilla*” Su letra era delicada, casi artística, y su mirada reflejaba orgullo cuando posó para la foto.

A medida que avanzábamos, descubrimos que la gente estaba más dispuesta a participar. Algunos se sorprendían al escuchar nuestras preguntas o les llevaba unos segundos entenderla. Otros se tomaban su tiempo, pensando antes de escribir. Hubo quienes respondieron en segundos “*su felicidad*”, “*buenas ondas*”, “*que valoren el trabajo de los artesanos*”. Como a la vez algunos, decidían tomar distancia y no responder o quizás pensaban que les íbamos a vender algo.





Los vendedores también se sumaron. Un artesano llamado Macka que trabajaba con instrumentos hechos por él, decidió contestar la pregunta de “¿Qué creés que necesita la feria de cada persona que viene?” y él escribió: “*Tiempo a la diversidad y al intercambio*” Nos contó que llevaba su tiempo poniendo su puesto en el mismo lugar, y que había visto crecer el barrio alrededor de la feria. “*Esto antes era más chico, más bohemio. Ahora vienen turistas de todas partes, pero sigue teniendo algo nuestro, de Córdoba. Por eso me quedo acá.*”

Con cada conversación entendíamos mejor que la feria no era solo un espacio de intercambio económico, sino una red de relaciones afectivas. Algunas personas no sólo compraban objetos: venían a buscar historias, a encontrarse con otros, a sentir que formaban parte de algo más grande, y otras van solamente con el objetivo de pasear y despejarse, buscando no ser interrumpidos.

Mientras recolectábamos respuestas, fuimos imaginando el mural. Más tarde, ya con todo el material sobre la mesa, empezamos a darle forma. Pegamos las hojas con cinta, alineando las fotos junto a cada frase. Después, con ovillos de hilo de colores, trazamos conexiones: las palabras que se repetían, los temas que aparecían una y otra vez, las edades y los rostros que parecían decir lo mismo con miradas distintas. Al principio el mural parecía un simple collage, pero pronto se convirtió en algo más: un mapa emocional de la feria. Los hilos se cruzaban y enredaban como si dibujaran un panal, al igual que lo hacía nuestra maqueta inicial. Cada persona dejó su marca, y con todas esas voces se armó algo que nos representa a todos. Mirar el mural fue como ver la feria hablándonos de frente. El concepto de territorio que habíamos trabajado en teoría cobró vida.



NUESTRO MURAL



Vinciane Despret nos invitó a pensar el territorio como algo construido con cuerpos, gestos y relaciones. En la feria lo vimos: no eran solo puestos ni calles, sino encuentros, risas, aromas y conversaciones que conectaban personas y recuerdos.

Una vendedora tímida compartió cómo esta feria era distinta: la gente venía con su esencia, sus estilos, sin reglas del centro. Una pareja joven escribió que lo que la hacía única era "originalidad, estilo, productos y lo casero". Cada habitarlo significa formar parte

un panal, cada abeja cumple su rol y esto existe gracias a todos. Palabras como "buena onda", "emprendimientos" y "valorar" repetían un sentimiento de pertenencia. La feria no está en los objetos, sino en caminar, descubrir y dejar huella.

Nuestra intervención fue también una escucha, un intento de reflejar visualmente este territorio: un organismo vivo, un panal urbano donde cada presencia suma y renueva



DISEÑO EN TERRITORIO:

ensayo de un desajuste



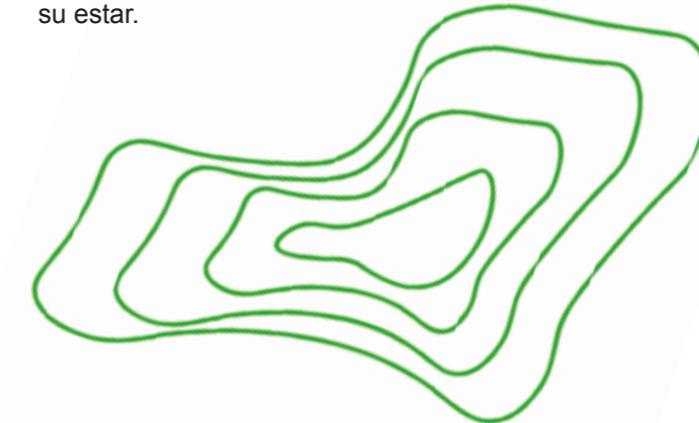
Muchos solemos pensar que la forma de intervenir un territorio con diseño es agregando algún objeto nuevo, algo que deje huella visible en el paisaje. Esta crónica pretende mostrar otra realidad: la de un diseño que no suma, sino que quita; que no adorna, sino que desacomoda; que transforma lo conocido a través de un gesto mínimo pero contundente.

Nos parece adecuado comenzar el texto contando qué es lo que nuestro grupo entiende por territorio. Para nosotros, el territorio no es solamente un espacio físico o un recorte de tierra delimitado por muros, rejas o límites geográficos. Lo concebimos como un espacio dinámico, que se define por la forma de habitar de cada ser. No necesariamente es un lugar tangible, y mucho menos privado. El territorio está hecho de relaciones: lo habitan el entorno y todo aquello que lo constituyen; personas, animales, seres vivos y objetos. Se trata de un espacio que no se queda quieto, sino que se redefine constantemente a partir de las prácticas de quienes lo recorren.

Con esta idea como base, se nos planteó la actividad que consistía en intervenir un territorio desde el diseño, pero bajo ciertas condiciones. No podíamos simplemente colocar un objeto o inventar una forma arbitraria de cambiar el espacio; debíamos seguir una metodología. La propuesta incluía elegir un animal guía y un territorio al cual intervenir, adoptando algo de las formas de territorializar de nuestro animal. Esta consigna, que parecía en un principio un juego, terminó siendo la clave para mirar el lugar desde otra lógica.

Nuestro animal elegido fue el mono. Lo pensamos no solo por lo que representa culturalmente —un ser juguetón, travieso, imprevisible—, sino también por su forma particular de habitar. El mono aparece como un animal inquieto: curioso, astuto y social. Su hábitat nunca está cerrado: se abre, es dinámico y se conforma de objetos externos. Los monos se apropián de lo ajeno, transforman ramas en herramientas, trepan lo que no les pertenece y dejan huellas efímeras de su paso. Su manera de territorializar es inquieta, curiosa y expresiva; se hacen notar dejando marcas de su estar.

5 de agosto - 2025
0930 hs
7 °C - nublado



12 de agosto - 2025

0930 hs

14 °C - nublado



Algo de ese gesto, creímos, podíamos encontrar en el Fortín del Pozo. Este barrio cerrado, con sus calles residenciales proliferas y su gran extensión verde al borde de la urbanización, habilita un juego semejante: apropiarse del afuera y darle un nuevo sentido. Como un mono que trepa y se desplaza, el Fortín se nos presentó como un territorio dispuesto a integrar lo que lo rodea. Es un espacio que no se clausura, sino que se reinventa en cada movimiento de quienes lo habitan.

Ahora bien, la escala del territorio elegido era demasiado amplia como para abordarla entera en una sola intervención. Por eso decidimos enfocarnos en el espacio común más concurrido: el quincho del barrio. Allí se realizan reuniones, encuentros sociales y celebraciones. También, convergen diferentes formas de habitar. Este punto nos pareció estratégico porque condensa las tensiones entre lo natural y lo artificial, entre lo privado y lo colectivo, entre lo ordenado y lo caótico.

En nuestro equipo contamos con un residente del Fortín, lo cual nos permitió un acercamiento más directo. Él realizó un relevamiento general, registrando con fotografías y observaciones las dinámicas cotidianas del lugar. Gracias a esa información pudimos empezar a leer el accionar de los habitantes: dónde se concentraba la actividad, qué sectores permanecían vacíos, qué objetos eran más utilizados y cuáles parecían ignorados.



29 de agosto - 2025 - 1400hs - 16°C - nublado

Más tarde hicimos una visita grupal. El acceso al Fortín ya nos pareció una primera experiencia. Se trata de un barrio cerrado, cuyo ingreso es un camino de tierra de unos ochenta metros, rodeado de árboles que forman un túnel verde. Pasamos por la garita de seguridad y, de inmediato, el paisaje cambió. Nos encontramos con el imponente verde del parque, abierto y luminoso. El camino se bifurca: un lado conduce a las viviendas, el otro desciende hacia el parque donde se encuentra el quincho.



Este primer recorrido en auto fue revelador: a un lado lagos artificiales, aves que cruzaban el aire, árboles en distintas tonalidades de verde. Todo parecía natural, aunque con un orden propio de lo diseñado para verse "natural". El día acompañaba: un clima templado, soleado, casi primaveral, con unos dieciocho grados.

Nuestra mirada, sin embargo, no se detuvo en lo general, sino en los detalles.



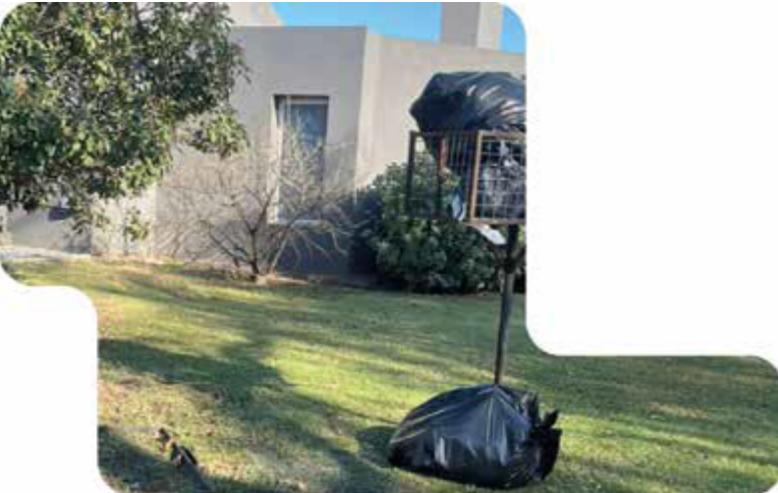


El Fortín, visto desde afuera, se caracteriza por su parque verde y por la sensación de ser un espacio limpio y natural. Pero al acercarnos y sumergirnos en los detalles, emergió otra cara: desechos dispersos, restos de actividades sociales, marcas de un uso menos idílico. Esa contradicción nos resultó muy potente.

Teníamos la sensación de estar buscando algo. Y así fue: en el camino empezamos a encontrar restos de basura que no encajaban con el orden pulcro que habíamos percibido al ingresar. Una botella de plástico en la orilla del lago, un envoltorio perdido en el pasto. Al llegar al quincho descubrimos que allí la basura era más notoria que en otros sectores. Esa diferencia nos llamó la atención: en ese lugar sucedía algo



Rápidamente la relacionamos con nuestro animal guía. Los monos toman objetos ajenos, los incorporan a su territorio y los abandonan. Y algo similar, pero más notoria ocurría en el quincho: los habitantes usaban objetos, los consumían y los desecharan, dejando su huella efímera. El territorio hablaba de una apropiación constante, aunque a veces olvidada.



Con esta información comenzamos a pensar en nuestra pregunta disparadora. ¿Cómo podríamos poner en evidencia la fragilidad del lugar y la responsabilidad de quienes lo habitan? La pregunta que surgió fue: ¿Qué pasa si arruinamos el territorio?. Queríamos ver hasta qué punto los habitantes estaban comprometidos con el cuidado de su espacio común.



2 de septiembre - 2025 - 1000hs - 17°C - soleado

La intervención se realizó el 2 de septiembre. Nuestra estrategia fue sencilla pero contundente: atacar el punto más sensible, la basura. Decidimos poner fuera de servicio los tres cestos presentes en el quincho. La idea era obligar a los usuarios a salir de su zona de confort. Ya no tenían un lugar inmediato donde depositar los residuos: debían improvisar soluciones o, por el contrario, ignorar el problema.

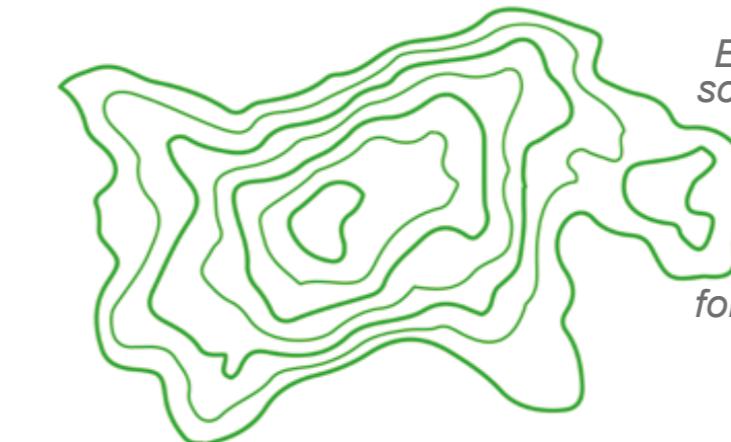
Planteamos dos posibles escenarios. Uno, donde los habitantes se adaptaran de forma positiva, cuidando el espacio con estrategias alternativas. Y el otro, en donde se desligaran del problema y dejaran que la basura se acumulara, trasladando la responsabilidad a otros.

Registramos el lugar antes del fin de semana (cuando suele haber más concurrencia) y después del mismo. Al regresar, nos encontramos con más basura que el viernes, pero también con algunas bolsas con desechos. Es decir, hubo quienes se despreocuparon y ensuciaron el espacio, pero también quienes se ocuparon de recolectar y mantener cierto orden.

Esto nos hizo reflexionar: si nadie cuidara el lugar, la basura se acumularía y afectaría la vida de los propios habitantes. Pero cuando algunos se hacen cargo, la dinámica cambia y el espacio se mantiene, aunque con ciertas tensiones y desafíos constantes para quienes lo habitan.



La experiencia nos dejó una enseñanza clara. Diseñar no siempre significa poner algo nuevo. A veces lo que puede transformar más un territorio es quitar, mover o alterar lo que ya existe. Cuando sacamos los cestos del quincho lo entendimos: un gesto tan mínimo modificó la forma en que usamos y miramos el lugar. Nos mostró que el territorio es frágil y que cualquier acción pequeña puede tener un gran impacto.



El diseño, entonces, no es solo un acto de sumar, sino también de restar, de incomodar, de abrir preguntas. Se trata de reacomodar lo que hay para descubrir nuevas formas de habitar. Y en ese gesto, quizá, está la verdadera potencia de intervenir un territorio.

HUELLAS VIVAS EN UN TERRITORIO COMPARTIDO

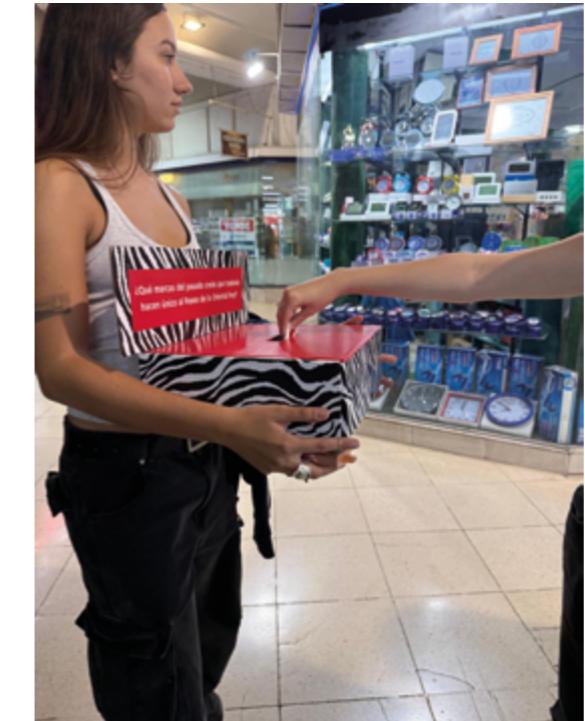


Nos reveló que mientras algunos lo recorren con prisa, casi sin mirarlo, otros lo reconocen como parte de su historia, cargado de recuerdos y afectos. Comprendimos que el territorio no es una superficie neutra, sino un espacio donde se entrecruzan distintas formas de habitar y diferentes memorias. Para nosotras, como diseñadoras, esta experiencia dejó en claro que intervenir un lugar exige reconocer esas múltiples historias y respetar la diversidad de vínculos que lo mantienen vivo.

Miércoles 27 de agosto de 2025

Recorrer esos pasillos se sentía frío. A pesar de las pocas personas que los transitaban, las galerías se sentían desoladas, el aire concentrado y tieso, como si el tiempo no hubiese pasado allí dentro. Negocios vacíos, luces apagadas, paredes rotas. Todo generaba piel de gallina. Cada paso hacia adentro era sumergirse más en la soledad. Tampoco ayudaba el hecho de que algunas entradas estuvieran bastante ocultas. Sin embargo la diferencia entre las galerías era notoria y necesitábamos saber por qué.

Al detenernos a analizar aquellos territorios, descubrimos que no terminaban de encajar con la definición que habíamos construido, una definición que, fuimos tejiendo a partir de la escritora Vinciane Despret.



El Paseo de la Oriental. Un territorio cuya historia perdura desde hace más de un siglo.

La experiencia nos mostró que un territorio nunca está vacío: siempre conserva rastros, marcas y relaciones que lo mantienen vivo. En el diseño, trabajar con un territorio implica mucho más que observar su estética o su funcionamiento actual, con esta intervención logramos comprender y escuchar a las distintas personas que habitan ese espacio y se relacionan dentro de él.



Jueves 28 de agosto

Comenzamos a planear la intervención. Buscando comparar dos galerías muy distintas de Córdoba, se llevó a cabo la primera, que daría cuenta de las diferencias de ambos territorios. Se prepararon las preguntas y se realizaron dos carteles llamativos, que generarían intriga al público para acercarse.

Las preguntas eran las siguientes:

¿Sentís que esta galería representa la peatonal de Córdoba?

¿Creés que esta galería tiene identidad propia?

¿Usas esta galería más como pasillo de paso o como lugar para comprar?

¿Creés que esta galería está bien cuidada?

Jueves 11 de septiembre

Para la segunda intervención, realizamos un buzón con la pregunta y nos dirigimos directamente al lugar, a realizarla.

Los veredictos revelaban en qué ponía cada habitante su atención y qué consideraba verdaderamente importante dentro del territorio. Por un lado destacaban la estructura, las paredes, el ambiente, la decoración, los techos, la iluminación. Por otro resaltaban ciertos negocios antiguos que aún perduran en el tiempo. Varios recalcaron la Confitería Oriental que permanece vigente desde 1863. Algunos destacaron la importancia de las personas y cómo éstas son las que le dan vida al lugar. Y otras personas directamente solo habitaban el espacio, sin prestarle atención a nada más.



Viernes 29, día de la intervención

Al caminar por las galerías, se destacaban los grupos de personas que la habitaban. En comparación con aquel primer encuentro, nos encontramos con un panorama muy diverso, lo cual nos entusiasmó.

Después de reflexionar caímos en cuenta de que no resultó como pensamos y nos vimos muy desorientadas. La intervención no funcionó como esperábamos. El objetivo estaba medio borroso y la intervención no cumplía firmemente con su propósito.

Fue entonces que decidimos cambiar el rumbo y definir concretamente que queríamos encontrar en aquellas galerías tan fluctuantes.

El paseo de la Oriental es como la jungla. Es un espacio en donde se puede encontrar todo tipo de personas con motivos diversos, pero que habitan un mismo espacio en determinado tiempo y conviven. Cada persona está en busca de algo distinto y tiene una vida e historia propia. La historia y el presente de esta galería, fue lo que nos llamó la atención y nos invitó a enfocarnos en ella.

En consecuencia de este nuevo enfoque, formulamos una única pregunta: ¿Qué marcas del pasado creés que todavía hacen único al Paseo Oriental hoy?

Con esta pregunta buscamos poner en evidencia las múltiples vidas que transitan y dan forma al Paseo de la Oriental, comprendiendo a su vez las diferencias que lo construyen y lo hacen un rincón único dentro de Córdoba.





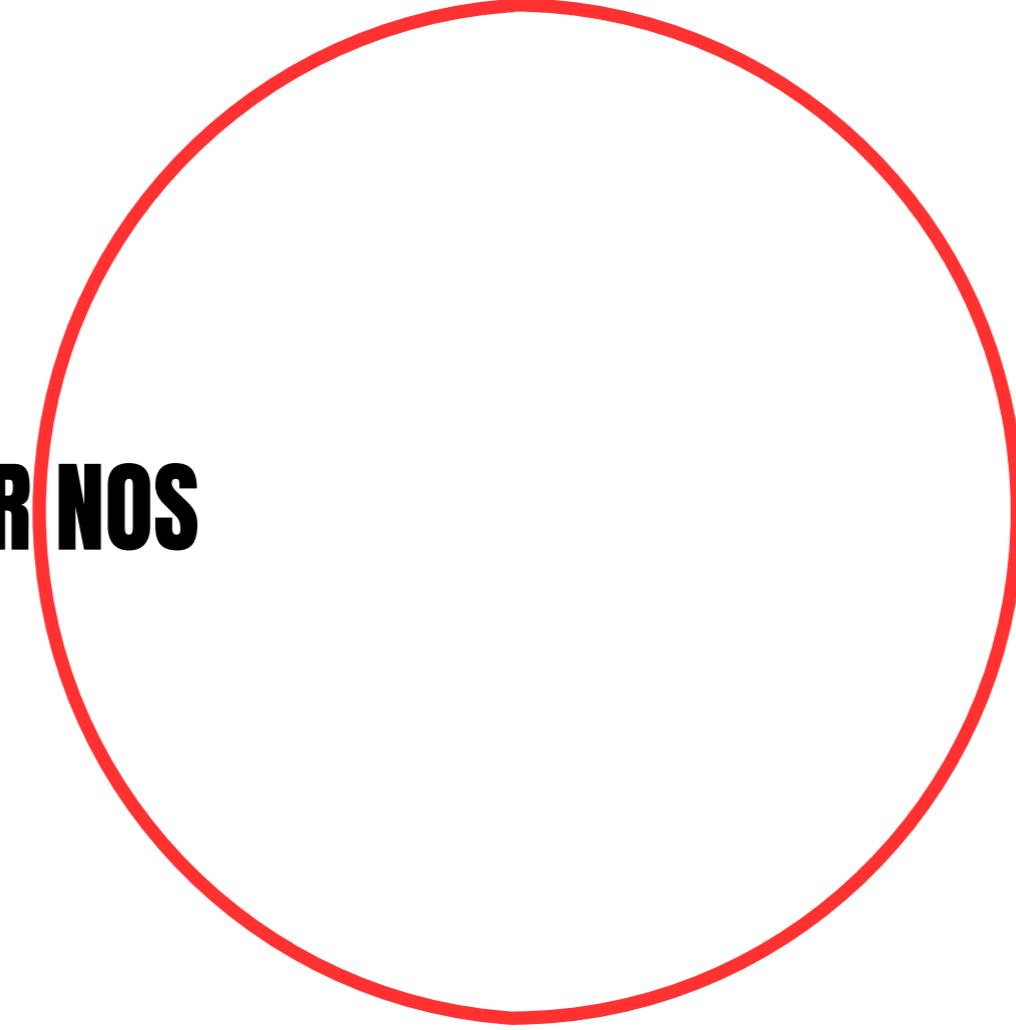
El territorio es un espacio donde se entrelaza lo material y lo social. No se limita a la presencia de personas, también lo forman los objetos, las construcciones, los rastros y las huellas que quedan de las prácticas humanas. Esto le da identidad y lo diferencia de otros lugares. Aunque en ciertos momentos parezca vacío, el territorio sigue existiendo porque conserva esas marcas y mantiene abiertas las posibilidades de nuevos usos y sentidos. En el caso de nuestro animal, las cebras, su relación con el territorio no responde a la defensa rígida de un espacio cerrado, sino a un uso dinámico y compartido.

Fue sorprendente la falta de personas en aquellos territorios y la diferencia de estados de ambas galerías. El paseo de la Oriental, en la peatonal de Córdoba Capital y la Galería San Martín.



El territorio es un espacio donde se entrelaza lo material y lo social. No se limita a la presencia de personas, también lo forman los objetos, las construcciones, los rastros y las huellas que quedan de las prácticas humanas. Esto le da identidad y lo diferencia de otros lugares. Aunque en ciertos momentos parezca vacío, el territorio sigue existiendo porque conserva esas marcas y mantiene abiertas las posibilidades de nuevos usos y sentidos. En el caso de nuestro animal, las cebras, su relación con el territorio no responde a la defensa rígida de un espacio cerrado, sino a un uso dinámico y compartido.

Fue sorprendente la falta de personas en aquellos territorios y la diferencia de estados de ambas galerías. El paseo de la Oriental, en la peatonal de Córdoba Capital y la Galería San Martín.

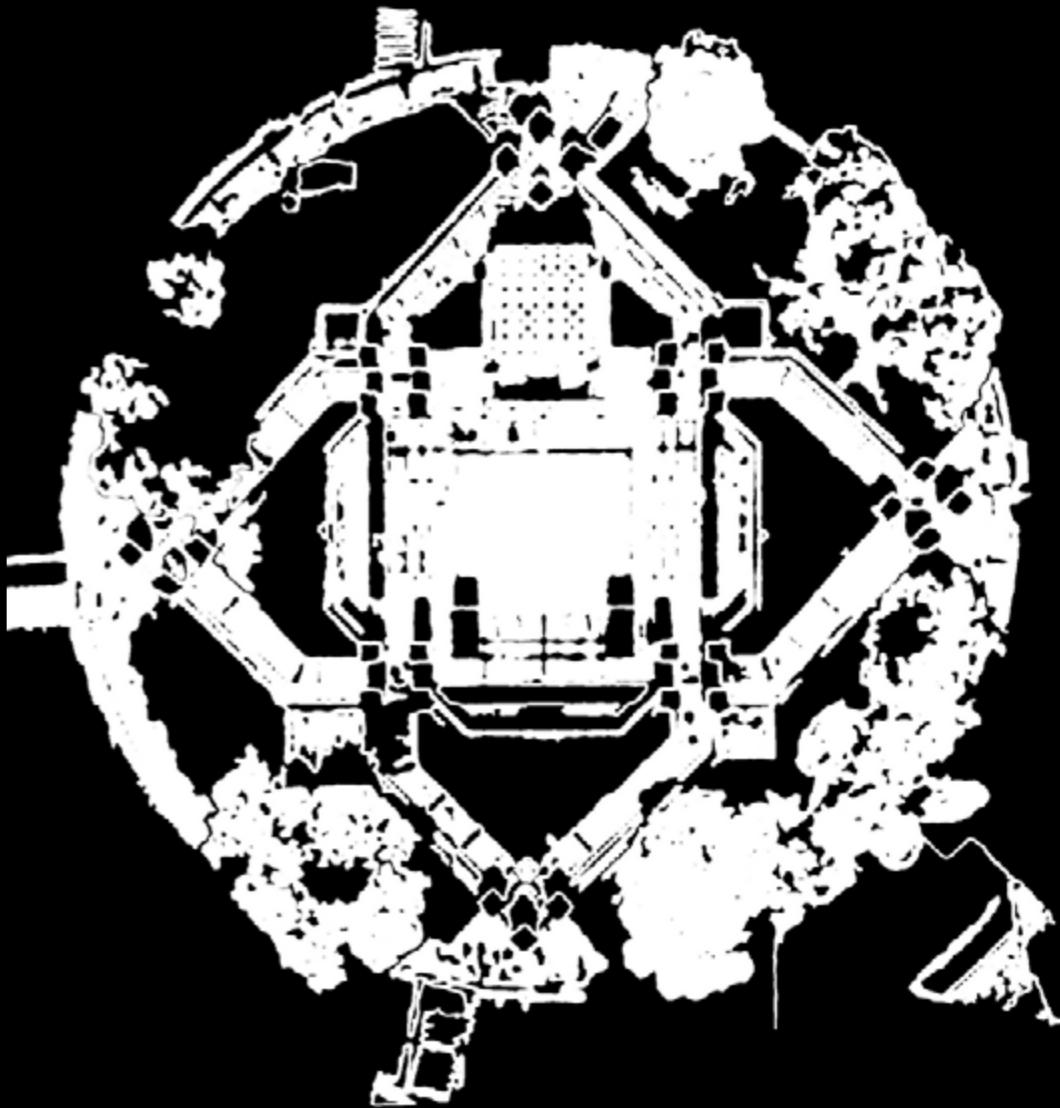


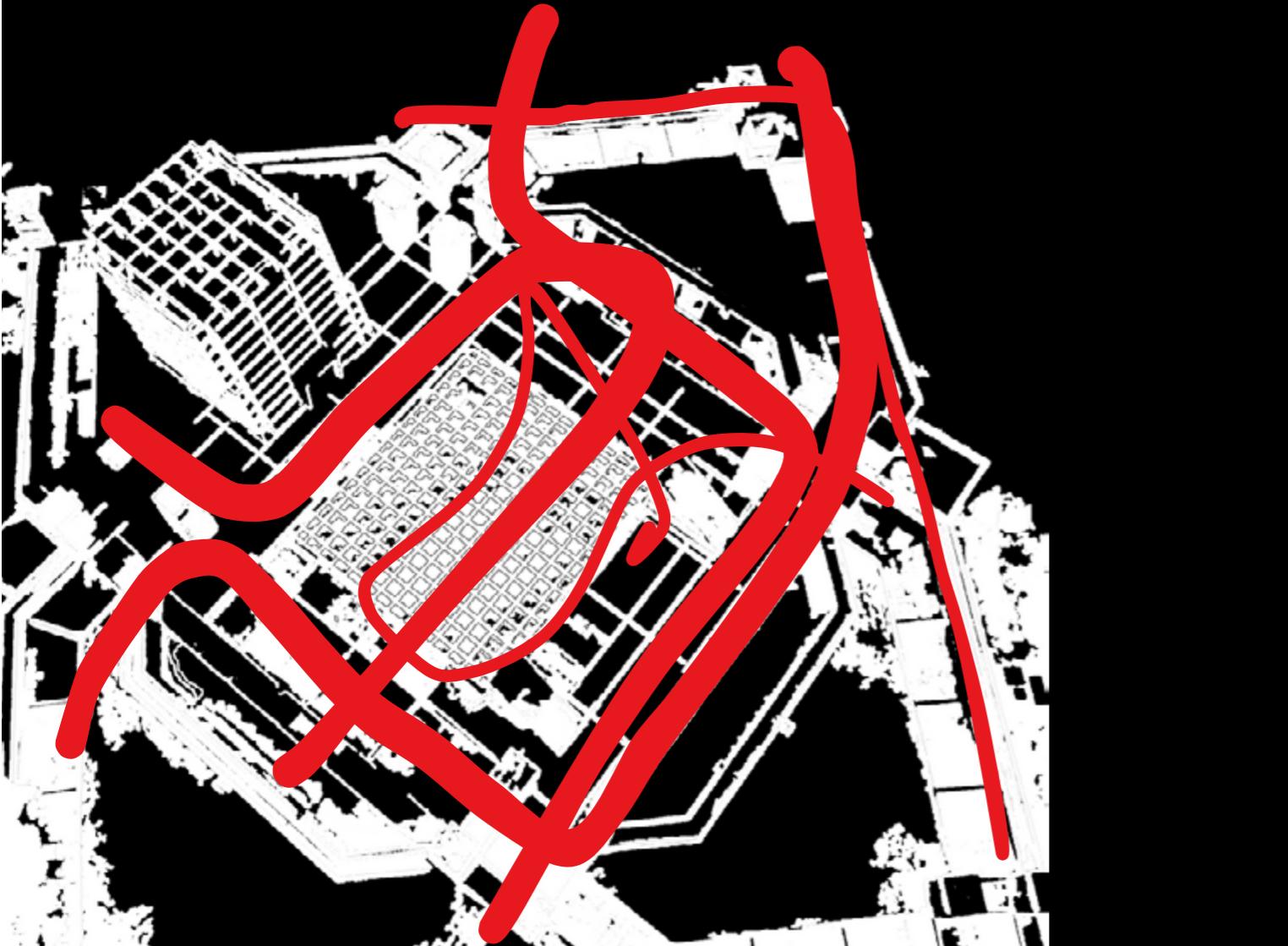
CIRCULAR NOS

SOBRE TRANSITAR PLAZA ESPAÑA

Plaza España es mucho más que un simple punto en el mapa urbano. Es un espacio vivo y en constante cambio, donde se cruzan historias, experiencias y aspiraciones que construyen la identidad de la ciudad y de quienes la habitan. Recorrerla es una forma de conocer las complejidades del territorio urbano y entender cómo se conectan sus distintos elementos. Ubicada en el corazón de Córdoba, es un lugar emblemático que mezcla historia, cultura y vida cotidiana. Situada en un punto clave de la ciudad, funciona como lugar de encuentro tanto para residentes como para visitantes, reflejando la identidad y diversidad de Córdoba.

Rodeada de edificios históricos y modernos, muestra la evolución arquitectónica y social de la ciudad. Sus avenidas amplias, jardines cuidados y fuentes ornamentales invitan a detenerse, observar y descansar en medio del ritmo urbano. Elegimos Plaza España para esta intervención porque es un espacio cargado de significado. No es solo un punto de referencia geográfica, sino también un lugar simbólico y funcional para la ciudad, con un fuerte peso histórico y cultural para quienes la transitan día a día. El objetivo de analizar, además de conocer lo que es, es entender cómo este territorio influye en la vida de sus habitantes y visitantes, desde su diseño y planificación hasta sus usos cotidianos. ¿Qué acciones se llevan a cabo ahí? ¿Qué está pasándose ahí?





Se nos presentó como un territorio lleno de capas y significados superpuestos. En el contexto actual aparece como un nodo central de la ciudad, donde se cruzan no solo avenidas y tránsito, sino también experiencias, memorias y prácticas sociales. Al observar de cerca, entendimos que no es simplemente un espacio diseñado para ordenar la movilidad, sino un lugar atravesado por distintas formas de habitar que la hacen un territorio vivo y en constante resignificación.

Su historia nos ayudó a comprender mejor estas transformaciones. Desde su origen estuvo vinculada a resolver lo vial, a funcionar como una gran rotonda que conecta Nueva Córdoba con el centro y la zona sur. Esa lógica inicial la reducía casi a un espacio de cruce. Sin embargo, con el paso de los años, las remodelaciones, las obras y, sobre todo, los usos cotidianos que la gente le fue dando, fueron desplazando esa función exclusiva para abrir la posibilidad de permanecer.

Plaza España pasó de ser un "paso" a convertirse en un lugar de encuentro y de pausa dentro del movimiento incesante de la ciudad.

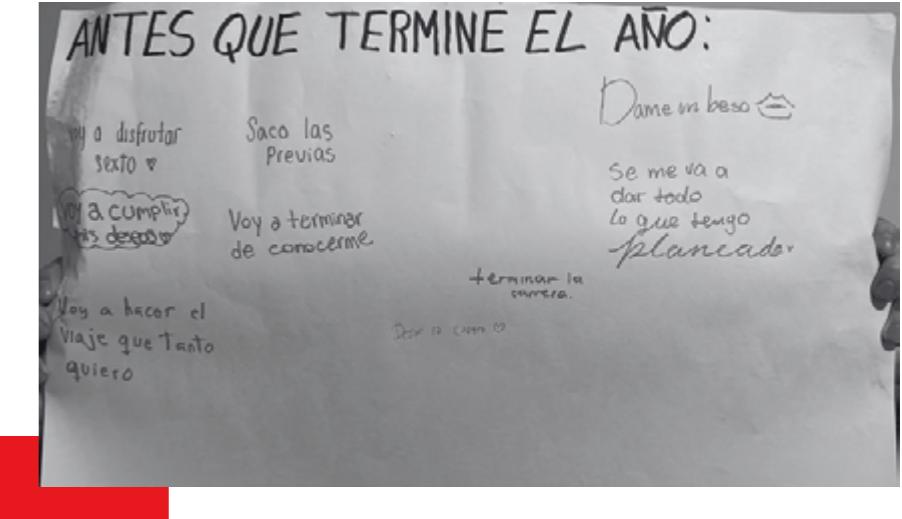
En nuestras observaciones directas, lo que más nos impactó no fueron ni los autos ni la arquitectura monumental, sino la convivencia de diferentes modos de habitar el espacio. Vimos personas cruzando apuradas sin mirar alrededor, grupos de amigos tomando mates, turistas sacando fotos y familias compartiendo. Esa simultaneidad de escenas tan distintas fue lo que nos hizo ver que la plaza es mucho más que una rotonda monumental: es un escenario donde se superponen usos, tiempos y sentidos.

La lectura crítica nos permitió detectar tensiones y contradicciones. Por un lado, la fuerza del tránsito que parece expulsar a quienes intentan quedarse y, por otro, la necesidad de la gente de apropiarse del lugar, de encontrar espacios de pausa en medio del caos.

La monumentalidad de la plaza dialoga con lo cotidiano de quienes simplemente van a descansar, a charlar o a esperar a alguien. Ese contraste nos revela que funciona como un campo de disputa entre la lógica del movimiento constante y la del encuentro y la permanencia.

Frente a esto, sentimos la necesidad de hacerle preguntas al territorio. Nos surgieron interrogantes como: ¿Qué pasa acá cuando no pasa nada? ¿Qué te hace quedar? ¿Qué significa este lugar para quienes lo transitan todos los días? De esas preguntas salió la más directa y potente: **¿Qué hacés acá?** Una interpelación sencilla pero abierta, que buscaba activar el diálogo con el espacio y con quienes lo habitan. Entendimos que, más que un punto fijo en el mapa, es un territorio en construcción permanente, donde cada gesto y cada apropiación contribuyen a resignificarlo.

SE DIJO...





PLAZA ESPAÑA, UN TERRITORIO PLURIDIMENSIONAL DEL CIUDAD

Perdidos en cómo aterrizar ahí, en donde pasa tanto que no sabemos qué pasa. Ruido, caos, personas girando como un centrifugado, pasando de todo en todo momento.

Como primera aproximación, tuvimos que amigarnos con el territorio. La forma (circular, rotonda), como disparador de primeros conceptos, nos llevó a la reflexión sobre lo cíclico y el tránsito, sobre la impermanencia y lo temporal.

Todo está pasando, todos están pasando y el tiempo también. Ahí surge la primera y brusca pregunta: "Antes de que termine el año...".

Apelando a la reflexión inmediata, de una manera simple, con marcadores y una cartulina en un lugar estratégico, la gente tímidamente habló: *"dame un beso"*, *"dejar la carrera"*, *"terminar de conocerme"*, *"voy a disfrutar... se me va a dar..."*.

La participación no fue masiva, unos pocos se acercaron, pero como resultado detectamos puntos en común: **lo emocional, el cierre y la motivación**.

Entendimos que la manera de dialogar y encontrarnos con el lugar debía interpelar más. En base al contenido, decidimos repensar y replantear la pregunta y pulir el concepto, haciendo énfasis en la **territorialización** con algo más fuerte, conciso y cotidiano: *¿Qué hacés acá?*, generando una interpelación directa que se siente como un diálogo **íntimo** con el territorio, que a su vez permite varios niveles de interpretación (literal, personal o territorial).

Queríamos saber **qué hacía ser al territorio de Plaza España.**

Con una pregunta tan brusca, el dispositivo retórico debería tener una llegada más sutil: un vaso de café, representando energía, pausa y cuidado en medio del tránsito. De ahí surge **CircularNos**, porque sintetiza el espíritu de la intervención. Parte de la forma física del territorio (rotonda, círculo) y lo resignifica en clave social y emocional, invitando a circular emociones en un acto efímero. Además, los vasos no se descartan, sino que pueden intervenirse de manera libre. Logrando así la retórica de la pausa, obligando a las personas a un momento de diálogo con el territorio.

El resultado de CircularNos fue mayor al esperado, abriendo la experiencia a mucho más que solo dar un café. La gente se detenía a preguntar y se generaban momentos de charla en donde se contaba más. Fue un intercambio diverso y sensible. La sensación de pudor se fue al instante y las respuestas llegaron:

¿Qué hacés acá?

Tan confrontante pregunta llegó a respuestas como: un padre compartiendo con su hija, ella paseando con papá; "Vine a tomar mates y descansar de la facu"; pensando en el día, "Aprender de cada momento"; "Merendar y charlar con amigos..."; "Disfrutar de compañía"; "Comienzo de una nueva etapa"; "Reencuentro de amigas..." entre otras.

El café resultó como dispositivo de memoria efímera; se dejó huella en algo cotidiano resignificando el concepto. CircularNos cumplió su objetivo. Constatamos que, aun cuando el territorio se configura mayormente como un espacio de tránsito y poca permanencia, en su interior subyace un potencial simbólico vinculado al encuentro personal y social, ligado a experiencias afectivas.

Las personas allí se encuentran con otros y consigo mismos para pensar y resignificar. La reiteración de palabras como disfrutar, compartir, comenzar o reencontrar muestra una orientación hacia lo emocional y lo cílico.



SONOS



Al inicio, entendíamos al territorio como espacio físico con una identidad dada por su historia y su configuración. Sin embargo, la intervención nos permitió ver que es mucho más que un lugar delimitado: es también una construcción de un espacio emocional y simbólico que se hace a partir de las experiencias y cotidianidad de quienes lo habitan y transitan.

Plaza España, tradicionalmente concebida como nodo de tránsito, reveló a través de las voces de las personas su potencial como espacio de pausa, disfrute y encuentro. Allí donde antes predominaba la idea de circulación incesante, emergió un sentido compartido de ciclo, compañía y comienzo de etapas.

De este modo, **el territorio se resignificó en un tejido vivo de ciclos, compañía, cierres, comienzos y encuentros**. Entendemos que el diseño no impone identidad al territorio, sino que la hace visible, la revela y la potencia, permitiendo que lo personal y lo comunitario se entrelacen en un mismo círculo. El territorio nos habla.

Con algo tan simple como un vaso de café, entendemos que el territorio no está vacío: guarda las motivaciones de quienes lo habitan. Y el diseño puede ser la excusa para hacerlas visibles.

Como cierre, elegimos la figura del perro para explicar nuestro modo de intervenir. No buscamos imponer una forma ni dominar el territorio: preferimos olfatear, seguir rastros y detenernos donde el espacio cambia, atentos a lo que nos dice. En Plaza España trabajamos así: observamos que la rotonda concentra tránsito y, al mismo tiempo, pausa y encuentro.

El perro, en su manera de habitar el mundo, nos enseñó mucho: sigue lo que es importante para él, detecta lo que otros no ven y, al mismo tiempo, cuida y acompaña sin exigir. De manera similar, nuestra intervención permitió la conversación sin forzarla: al principio se acercaron pocos, luego las respuestas crecieron y confirmaron un patrón sensible —**disfrutar, compartir, comenzar, reencontrar**— que ya estaba latente en la plaza.

Entendemos que el diseño, en este caso, como un perro, marca sin cercar, deja señales amables y acompaña el tránsito de la vida cotidiana.

Desde esta lectura, asumimos nuestro rol con sobriedad: no imponer, sino revelar y fortalecer la identidad existente, abrir un círculo común donde el territorio pueda reconocerse y sentirse. El perro se convirtió así en guía y metáfora de nuestro trabajo: atento, sensible, curioso y cuidadoso.

Plaza España pasó de ser un cruce a ser un lugar, y el diseño supo seguir el rastro, cuidar lo que encontró y acompañar sin invadir, permitiendo que cada gesto, cada pausa y cada encuentro resignifiquen el territorio.

EL SENDERO QUE GUARDA



Inefable: Si tuviéramos que elegir una palabra para describir lo vivido sería sin dudas esta. No puede ser descripto con palabras porque a pesar de todo este arsenal, aún no ha terminado de ser descrito su valor. Es necesario ser comprendido desde sensaciones y una conexión más profunda, abstraerse de la literalidad.

Respirar el aire de ahí se siente bien, en un profunda inhalación uno visualiza cómo ese aire puro ingresa a los pulmones. Esto nos hace pensar que nos encontramos paradójicamente en el gran pulmón verde de Valle Escondido.

Un espacio que ha crecido exponencialmente en los últimos años. La urbanización avanza a pasos agigantados. La creación de tantos barrios cerrados trajo consigo la apertura de cientos de locales comerciales, malls, galerías, etcétera.

Este sendero se encuentra exactamente por el medio de todo esto, lo atraviesa y verlo es un recordatorio de lo que alguna vez fue ese territorio. Si uno se detiene a observar puede notar que todo alrededor se veía así en un momento y a qué fue reducido. Esto no es simplemente un sendero. Lo recorrimos presentes, situados en el aquí y ahora. La brisa empuja a las hojas de los árboles. Estas se mueven al compás del viento.

Cómo si de una coreografía se tratara, con el movimiento de ellas se asoman los últimos rayos de sol de la tarde. Ilumina tiñendo de naranja todo a nuestro alrededor, cómo si de un filtro se tratarase. El olor a la tierra húmeda y pasto mojado por las recientes lluvias impregna nuestras narices.

Este lugar que elegimos surgió de definir que significaba territorio para nosotras. Elaboramos una maqueta recolectando elementos de la naturaleza. Para aproximarnos a la definición nos inspiramos en el cactus que aun rodeado de malezas, con sus espinas protege y cuida las flores de su interior.

Esta metáfora nos acompañó en cada decisión, no era solo un símbolo, sino una manera de mirar el sendero y entender cómo interactuar con él. Entendimos como flor este espacio verde que se conserva de la verdadera esencia de Valle Escondido y que el sendero funciona como el cactus que lo protege de las malezas del exterior, la urbanización.



Cómo diseñadores tenemos un instinto, algo casi nato. Es ese “algo” que nos recorre en el cuerpo al enfrentarnos ante una incógnita, como si la tentadora idea de resolver problemas, encontrar soluciones y crear desde la innovación, fuese nuestra misión.

Fue un gran desafío para nosotras enfrentarnos desde una mirada diferente, la mirada de la retórica. Esta vez no teníamos que resolver ningún problema, aún así estos últimos parecieran llover frente a nosotras.



Observamos el lugar, los movimientos, las personas que lo atraviesan. Vimos a personas caminando con sus celulares sin percibirse de nada a su alrededor, corredores y parejas discutiendo.

Nos preguntamos cómo intervenir allí, pero nuestras primeras consignas resultaron demasiado generales.

¿Qué los hace ir a este lugar?

¿Qué determina las reglas del sendero?



PRIMERA INTERVENCIÓN

Decidimos colocar dos carteles escondidos, uno entre los árboles y otro en un tacho de basura visible, con frases que funcionaban como llamadas de atención. Queríamos ver cuántas personas notaban los carteles con sus mentes en presente. Nos interesaba saber si iban a despejarse o seguían estresados en un acto de vida.

El primero decía: “Frená un momento”; y el segundo preguntaba: “¿Realmente estás acá para despejarte?”

Cuando nos encontramos en el campo, instalando los carteles se acercaron dos personas que estaban caminando juntos, aparentemente hermanos, hombre y mujer de unos 40 años aproximadamente. Nos preguntaron sobre los carteles, que queríamos lograr con esto, a que facultad pertenecemos y demás generalidades.

Nos dijeron que ellos iban exclusivamente por recreación y que por eso les llamó la atención lo que estábamos haciendo. Fue un buen comienzo y pensamos con optimismo que la jornada iba a continuar así. Lamentablemente no fue así.

Los corredores cómo era de esperarse, pasaban en velocidad y enfocados. Muchas personas que caminaban iban con auriculares, a alto ritmo.

Nos sorprendió que algunos iban discutiendo en voz alta con el teléfono, otros en llamada o simplemente scrollando mientras caminaban. Hubo gente que pasó, nos vió, miró los carteles y aún así decidió ignorarlos.

Lo que nos llevó también a reflexionar sobre el comportamiento de los humanos de acatar órdenes o no, ante el estímulo visual cómo nuestro cartel apelativo en letras rojas. Finalmente una chica los miró, frenó, sacó su celular para fotografiarlos y se dibujó en ella una leve sonrisa. Fue gratificante que al final hayamos podido interesar哪怕 sea en una persona.



El resultado fue lo esperado

Casi no hubo interacciones y eso nos permitió darnos cuenta que faltaba una respuesta directa de las personas. Reflexionamos nuestro enfoque, ya que estábamos poniendo la atención en las personas, en cómo actuaban, y no en el territorio mismo.

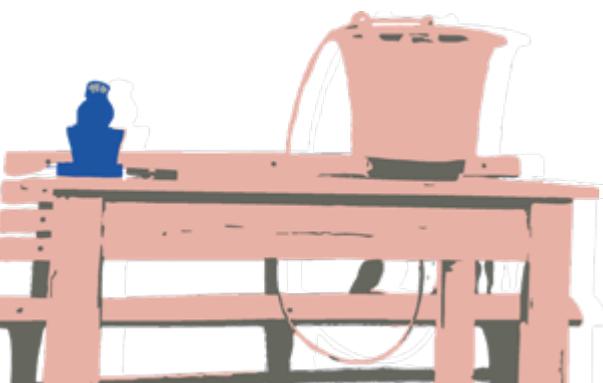
Reflexionamos sobre lo ocurrido y sacamos conclusiones duras pero necesarias. Faltaba reflexión de diseño, la materialidad elegida no funcionaba, el proyecto parecía improvisado. No se generó la conexión esperada. Así que era inevitable, teníamos que volver al lugar y hacer las cosas diferentes. Fue el empujón que necesitábamos para empezar de nuevo.

Volvimos a nuestra definición, el cactus nos remonta a que lo importante era crear un interior confiable, con un borde que protegiera lo que pudiera suceder adentro. Lo que nos llevó a pensar desde el camino, la siguiente pregunta, “¿Qué dejarías enterrado en este sendero?”

SEGUNDA INTERVENCIÓN

Nos situamos pegados al camino, demostrando una actitud distinta a la anterior. Ya no nos escondemos, nos imponemos ante el camino del sendero buscando una interacción directa con las personas. Nuestra mesa de madera con el balde con arena y la soga se integraba al territorio perfectamente.

Materialidad amigable y acorde al contexto. Se creó un espacio interesante en el sendero. La gente escribía detalladamente, sin prisa. Nosotras le dimos su lugar y tiempo con un respetado silencio que acompañaba perfectamente a la situación. En ese silencio quien tomó la palabra fue el sendero. Nos regaló sonidos de pájaros, la brisa de viento y elementos que hicieron del momento más especial.



Hubo casos de personas que se enfrentaron a la hoja solos de espalda protegiendo su deseo y otros frente nuestro. Algunos se encontraban acompañados y mientras escribían intercambiaban palabras y miradas cómplices.



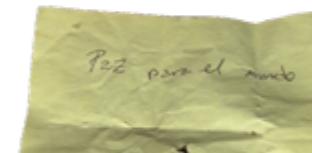
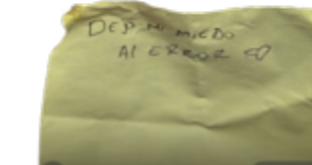
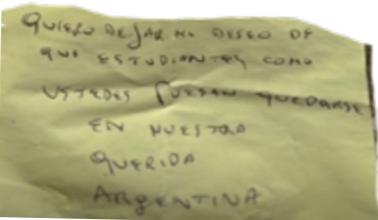
Hubo casos de personas que se enfrentaron a la hoja solos de espalda protegiendo su deseo y otros frente nuestro. Algunos se encontraban acompañados y mientras escribían intercambiaban palabras y miradas cómplices.

Lo más interesante fueron casos en que personas que estaban solas decidieron compartir la mesa y el momento con un completo desconocido. Al final del día, colgamos el dispositivo y concluimos que la experiencia tuvo una carga muy valiosa.

Otra tendencia se veía ligada a lo social, promoviendo paz, bienestar general, deseos de que las próximas generaciones protejan el lugar y se queden en el país.

Algunos sueños personales que decidieron confiarle al territorio para que se cumplieran. Y otros profundos o dolorosos cómo dejar el tormento de haber estado en la guerra.

Algunas de ellas estaban relacionadas a entornos académicos y laborales, mientras que otras sobre autoestima y relaciones.



Llegamos a la conclusión que hay más personas que eligen enterrar lo que duele o estorba, como si fueran malezas que impiden crecer. Fueron entonces menos los que prefirieron enterrar recuerdos, deseos o cosas buenas confiandole a la tierra aquello que quieren proteger o transformar en algo nuevo.

La experiencia nos dejó aprendizajes claros.

En primera instancia, que la materialidad importa, el cambio de carteles improvisados a un dispositivo coherente con el sendero fue decisivo. La propuesta mínima es más poderosa que una explicación extensa, una sola pregunta puede activar más que un párrafo entero.

El descanso no siempre es sinónimo de soltar, muchas personas enterraron agradecimientos, deseos de cuidado, recuerdos que querían proteger.

Entendimos que el tiempo en el lugar manda. Los corredores difícilmente se detienen, pero los caminantes y quienes descansan sí. El territorio impone su propio ritmo, como las espinas del cactus marcan los límites de su flor.



Al final de la experiencia, desenterrar los papeles nos produjo una cantidad de emociones y reflexiones que nos llevaron a entender en profundidad que pasaba en el sendero. Que guarda la gente que lo recorre día a día, y que elegirían dejar, si es que esa fuese una opción.

Dejar y enterrar, guardar en lo profundo de su tierra. Como si sintieran que por un momento, eso que está dentro de ellos estaría mejor guardado en aquel sendero.

Para nosotras fue muy valiosa la experiencia. Lo que cada persona decidió escribir en los pequeños papeles, era riqueza palpable. Era un pedazo de cada uno de ellos, todos bajo un mismo cactus.

La retórica y el diseño se encuentran en un mismo propósito: persuadir y movilizar. La primera lo hace con palabras, el segundo con formas, imágenes y experiencias. Ambos construyen discursos que apelan a la razón y a la emoción. Como señala Mabel López, "Para persuadir es necesario sintonizar el universo de ideas que atraviesan a un público... Dominar qué universo ético, estético y emocional moviliza al público, aseguraría convencerlo." López, M. A. (2018). Sobre el uso y vigencia de la técnica retórica al servicio de la persuasión social.

Retórica y diseño no son disciplinas paralelas, se necesitan mutuamente. La retórica persuade con el lenguaje, el diseño extiende ese poder a lo visual y lo material, dando forma y color a las ideas. Las palabras despiertan emociones y organizan pensamientos.

El diseño los hace tangibles, creando objetos, espacios e imágenes que dialogan con quienes los perciben. Comunicar, entonces, deja de ser un acto unilateral y se convierte en un encuentro compartido, donde la razón y la emoción se combinan y transforman la manera en que vemos, sentimos y actuamos. La imagen que nos queda es simple y poderosa. Un conjunto de papeles doblados bajo la arena, como semillas. Algunas son malezas que no queremos que vuelvan, otras son flores que merecen crecer. Todas forman parte de un camino físico y figurativo que dan vida al sendero.



**HABITAMOS
SIN CONOCER**

INTRODUCCIÓN

El territorio es, antes que nada, un gesto. No necesariamente una frontera física, ni una muralla que impida el paso. El territorio puede ser, también, un despliegue visual, un símbolo que habla por sí mismo y que reclama respeto sin necesidad de la violencia. Eso lo sabe el pavo real, que cuando extiende su plumaje convierte cada pluma en un aviso de presencia, un recordatorio de poder y de belleza. Su cola no es sólo adorno, es una estrategia: delimita, atrae y defiende. El animal anuncia "este soy yo, este es mi espacio" sin necesidad de ladridos, garras o colmillos.

El ser humano, en algún punto de su historia, adoptó esa lógica. La traducimos en gestos culturales, en construcciones, en modos de vestir. Lo vemos en el Barroco, cuando el exceso de adornos no era un capricho estético sino una forma de imponer poder: "mientras más tengo, más soy". Lo vemos en las fachadas de palacios, donde la ornamentación no sólo decoraba, sino que reclamaba jerarquía social. Lo vemos en los grafitis de pandillas, que marcan una esquina, un barrio, una cuadra entera, y que hacen del color sobre el muro un límite tan claro como cualquier alambrado.

El territorio humano, igual que el del pavo real, es estético, identitario y estratégico. No se trata únicamente de poseer un pedazo de tierra, sino de hacerlo propio mediante símbolos que comuniquen pertenencia y poder.

Desde esta idea de territorio simbólico, nos acercamos al Parque del Chateau. Elegimos ese espacio por su estética singular, por la manera en que delimita áreas, por el prestigio cultural que lo rodea y por la diversidad de intereses que confluyen en él. El parque, igual que un plumaje desplegado, se ofrece como escenario donde cada visitante encuentra un rincón propio y lo convierte en señal de identidad.



PLAZA

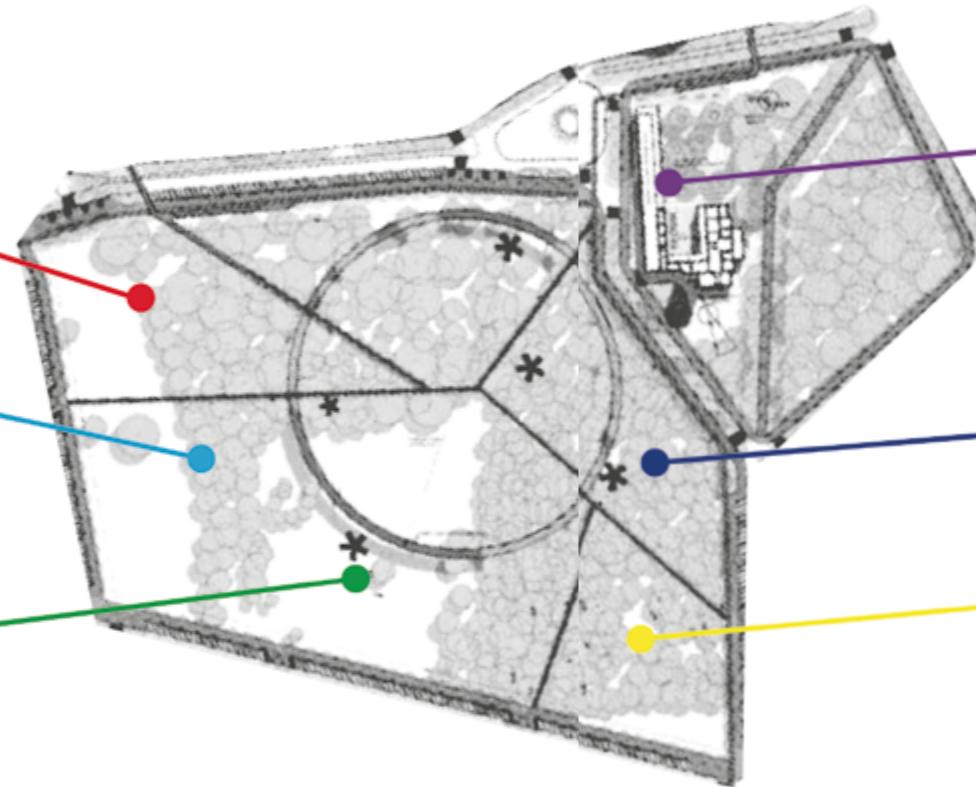
Lugar con juegos infantiles.

SUPER JUMP

Evento temporal de un parque inflable.

TREN

Vagón de tren que da sobra y tiene mesas.

**CASONA**

Museo de Arte Contemporaneo.

PUENTE

Puente peatonal con vista panoramica, zona de picnic.

BICHO

Escultura de gato gigante creada por el artista Leonardo Cabral.



Unos días antes de la intervención visitamos el parque para recorrerlo y reconocer los lugares clave en los que realizaríamos nuestro análisis.

Durante este recorrido descubrimos que el parque contaba con diferentes tótems informativos que podrían sernos útiles. Posteriormente, recolectamos información preguntando a los guardias acerca de los horarios y los días de mayor concurrencia, lo que nos permitió planificar mejor la actividad.

Con esa base, realizamos una lluvia de ideas sobre las posibles preguntas y generamos la herramienta de análisis.

La propuesta consistía en un enfoque tridimensional para comprender la relación entre los usuarios y el parque, integrando objeto, espacio, personas y tiempo.



En este sentido, el objeto —el mapa— se convirtió en una herramienta interactiva: al marcar con Post-it sus lugares favoritos, los usuarios transformaban el plano en un registro visual de sus interacciones.

El espacio se entendía desde los usos y apropiaciones del parque; las personas aportaban sus experiencias, y el tiempo se interpretaba mediante la segmentación por edades, mostrando cómo niños, jóvenes y adultos se relacionan de maneras distintas con el entorno.

En conjunto, la imagen se convirtió en un estudio que unía el diseño del parque con las experiencias individuales y colectivas de la comunidad.

¿QUE RINCÓN DEL PARQUE ES TUYO?

¡Marca con los Post-It los lugares del parque que visitas más!



● PLAZA
● SUPER JUMP
● TREN

● MUSEO
● PUENTE
● "EL BICHO"

0-12
años.

13-24
años.

25-39
años.

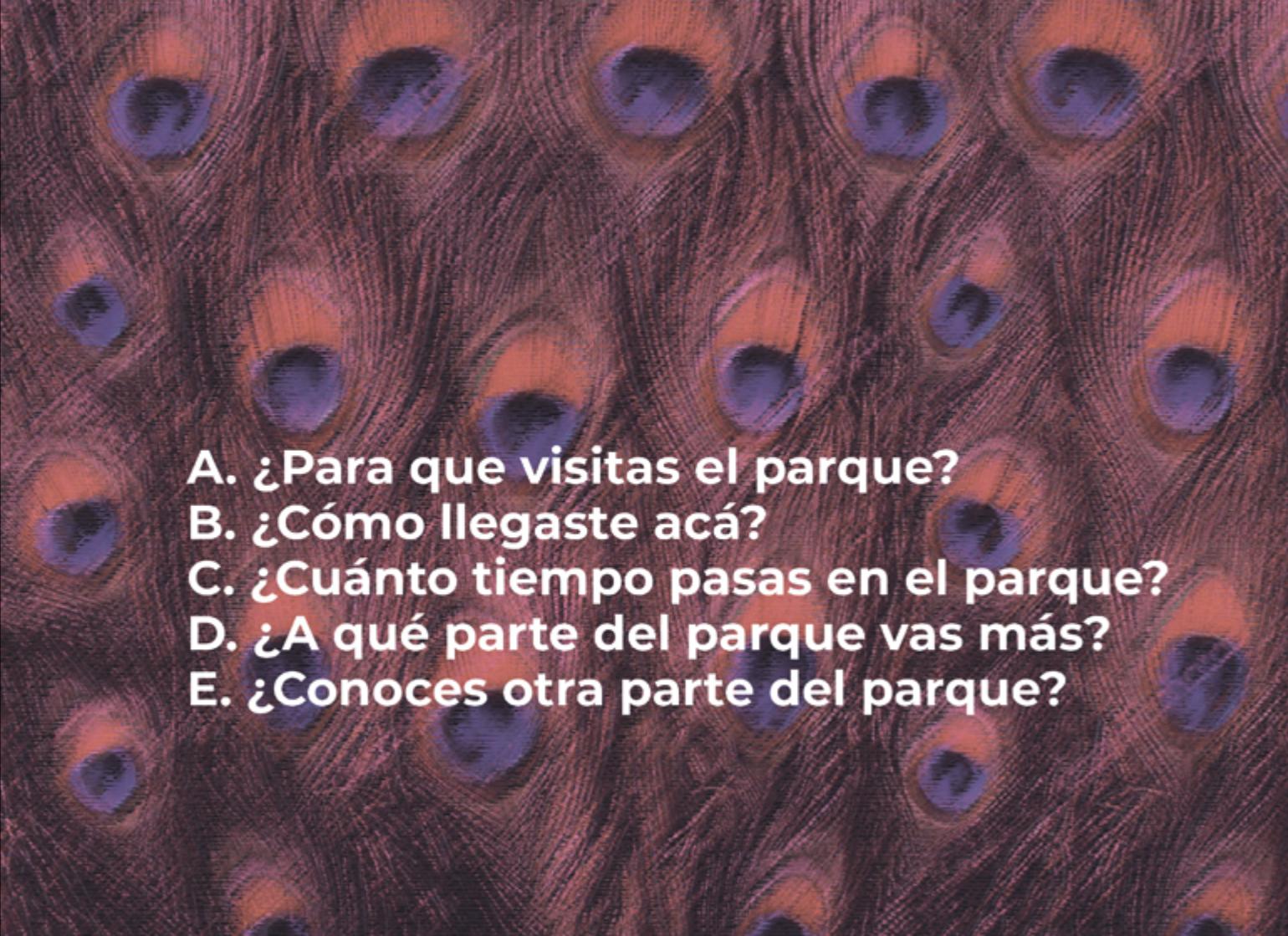
40-59
años.

+60
años.

Con esta idea clara, elaboramos tres mapas distintos en los que señalamos los puntos donde se encontraba cada tótem. Finalmente llegó el día de la intervención: pegamos las láminas en los tres tótems seleccionados y nos ubicamos en un lugar estratégico desde el que podíamos observar sin intimidar a los usuarios, esperando sus interacciones.

Durante un primer lapso no registramos mucha participación espontánea, por lo que decidimos invitar a las personas a sumarse. A partir de ahí, recibimos algunas dudas sobre los sectores señalados en los mapas, además de respuestas concretas sobre sus lugares preferidos. Tras unas horas, recolectamos los tres mapas intervenidos y pasamos al momento de cuantificación de datos. Estos resultados resolvieron algunas de nuestras inquietudes iniciales, aunque no nos explicaban el "por qué" de las elecciones.

Para profundizar, diseñamos una serie de preguntas complementarias sobre la elección de cada lugar. Así, en el tercer día de intervención volvimos al parque y buscamos un público similar al que ya había participado. Les hicimos las preguntas que habíamos formulado con el fin de cerrar nuestras conclusiones.

- 
- A. ¿Para que visitas el parque?**
 - B. ¿Cómo llegaste acá?**
 - C. ¿Cuánto tiempo pasas en el parque?**
 - D. ¿A qué parte del parque vas más?**
 - E. ¿Conoces otra parte del parque?**

- A.** "Jugar con mis hermanos y andar en bici" - **Vicente, 7 años.**
- B.** "Vinimos una vez con el colegio y nos gustó el lugar" - **Pilar, 18 años.**
- C.** "Entre una y dos horas aprox." - **Ramiro, 29 años.**
- D.** "Me gusta ir donde está el tren porque hay sombra y mesitas, y puedo ver a mis hijos desde ahí" - **Claudia, 45 años.**
- E.** "Si conozco, porque camino alrededor, pero siempre elijo venir al museo" - **Osvaldo, 72 años.**

CONCLUSIÓN

El Parque del Chateau puede entenderse como un territorio simbólico donde la comunidad despliega gestos de pertenencia y apropiación. Tal como señala Vinciane Despret, los territorios no son solo espacios delimitados, sino prácticas vividas, rutinas y exhibiciones que comunican presencia y reclaman un lugar propio.

En esta línea, cada grupo de usuarios del parque —niños, jóvenes, adultos y mayores— reitera sus usos y preferencias, configurando su “nido” simbólico dentro del espacio.



Al mismo tiempo, siguiendo a Richard Buchanan, el parque funciona como un objeto de diseño retórico: sus formas, recorridos y áreas no son neutrales, sino que persuaden y median la relación entre las personas y el entorno. Así, la intervención con los mapas permitió visibilizar cómo el diseño del parque se entrelaza con las experiencias individuales y colectivas, generando un entramado de significados compartidos.

En conclusión, el territorio del Parque del Chateau se constituye como un gesto estético y comunicativo que, más allá de la posesión material, expresa pertenencia, identidad y poder simbólico a través de las prácticas cotidianas de quienes lo habitan.

¿OBSERVAS LO

QUE MIRAS?

El aire de la mañana era cálido. El pasto recién regado dejaba ese aroma inconfundible que se mezcla con la tierra mojada. Nosotras caminábamos despacio, con la ciudad sonando de fondo, en medio de Nueva Córdoba, pero sintiéndonos en otro mundo. El Rosedal del Parque Sarmiento nos recibió con tranquilidad. Más de 300 rosas de distintos colores aparecían entre arbustos y caminitos de pasto. Recorriámos y recorriámos, tratando de descubrir qué nos decía ese lugar.



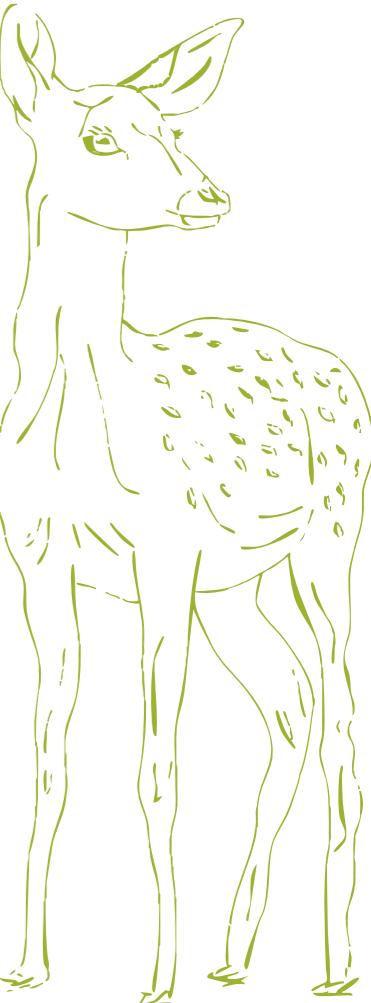
¿QUÉ ANIMAL NOS REPRESENTA?

Nos preguntábamos mientras avanzábamos. Pensamos en el ciervo: discreto, atento, constructor de su propio espacio, siempre dejando sutiles rastros.

Y enseguida apareció otra pregunta

¿QUÉ ES UN TERRITORIO?

No lo pensamos como un límite ni como un terreno a conquistar, sino como un proceso en movimiento, tejido por memorias, huellas y vínculos. Con esas ideas llegamos al Rosedal.



Era **JUEVES**, las **DIEZ DE LA MAÑANA**. Decidimos no intervenir, solo mirar. Mientras algunos paseaban a sus perros bajo los árboles, otros se acomodaban a leer y disfrutar la tranquilidad del parque. A lo lejos, el ruido metálico de unas tijeras rompía la calma. Los trabajadores estaban en plena limpieza anual: ramas cayendo, bolsas negra llenándose de hojas, un olor fuerte a madera recién cortada. Seguimos el sonido y conocimos a Sofía Llanes, encargada de mantenimiento.



Con las manos todavía manchadas de tierra nos contó que esas limpiezas profundas se hacen apenas una o dos veces al año. Pero que el resto de los días, su trabajo cotidiano es silencioso: arrancar yuyos, limpiar cazuelas, regular el riego, cortar el pasto; sus movimientos eran rápidos, firmes, casi invisibles para los visitantes. Fue entonces que lo entendimos: el Rosedal no existiría sin esas huellas silenciosas.

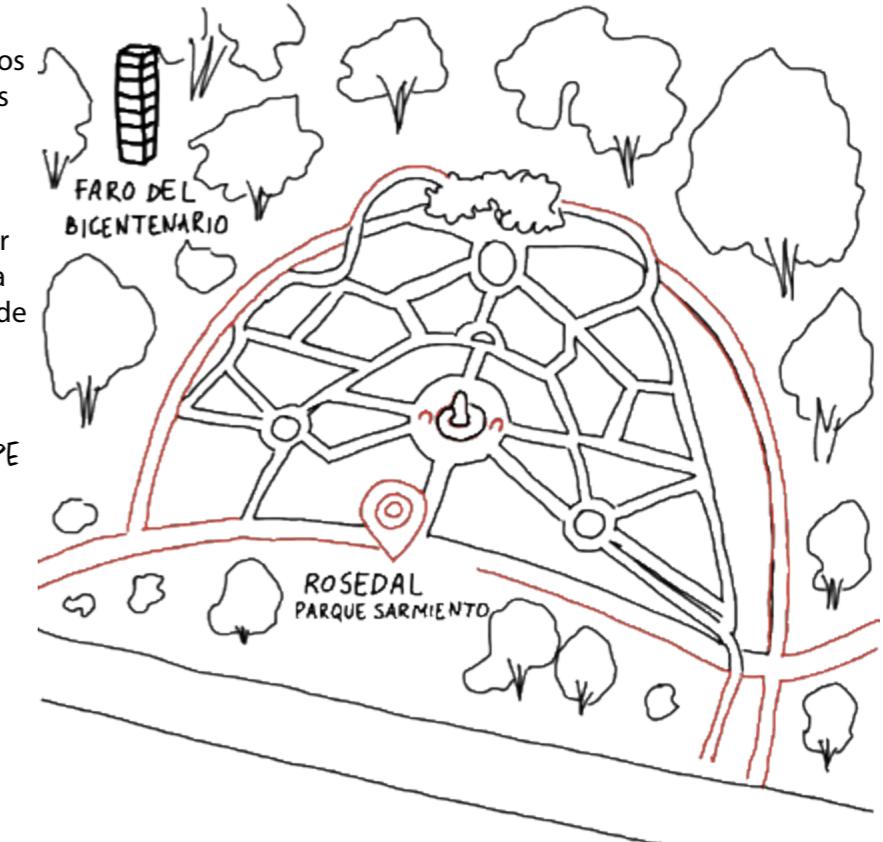




El Rosedal cambia según los días. De lunes a viernes, recibe estudiantes y vecinos, que buscan un respiro. Los fines de semana, la postal es otra: familias enteras, turistas, gente mayor que vuelve para recordar. Y con esa transformación, también cambia el desorden: poca basura en la semana, demasiada el domingo a la noche. Pero siempre el mismo patrón: los visitantes en primer plano y quienes cuidan el espacio en un segundo, casi invisibles.

Con esa imagen pensamos nuestra intervención. Queríamos algo simple pero que invitara a mirar distinto: imaginamos un mapa del Rosedal donde cada visitante pudiera marcar su lugar favorito. Y junto a ese gesto, una pregunta que abriera otra capa de sentido:

"ASÍ COMO ESTE JARDÍN RECIBE CUIDADOS DIARIOS, ¿QUÉ PERSONAS TE SOSTIENEN EN SILENCIO?"

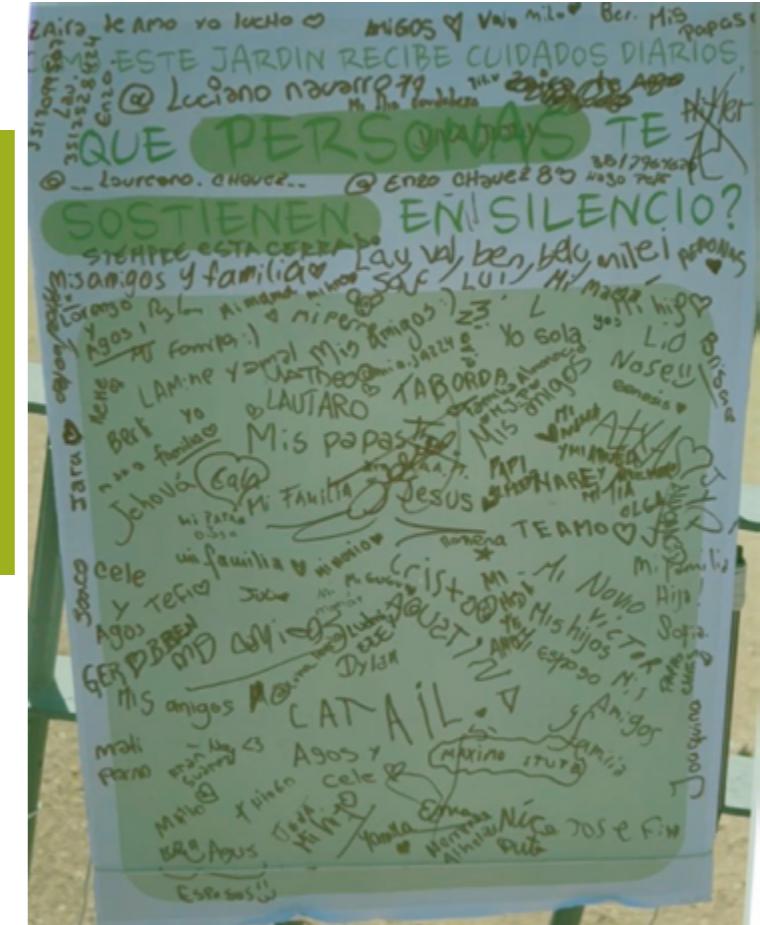




DOMINGO 7 DE SEPTIEMBRE 15:30 PM

Volvimos. El lugar estaba lleno: risas de chicos corriendo, bicicletas que pasaban rápido, mates que se compartían sobre el césped. Colocamos los mapas en los arcos de entrada porque sabíamos que eran los puntos de mayor tránsito. Y tuvimos razón: el mapa del arco izquierdo enseguida atrajo a la gente; mientras que el del derecho quedó olvidado, hasta que lo movimos al portón principal.

Nos quedamos un rato observando. Notamos que la gente miraba, pero casi no escribía. Pensamos que capaz nuestra presencia los inhibía, por lo que decidimos retirarnos y dejar que el espacio hablara por sí solo. Al volver al día siguiente, el cambio nos sorprendió: el mapa 1 estaba lleno de pines de colores y de frases escritas a mano. Mientras que el segundo, más tímido, pero también con respuestas.





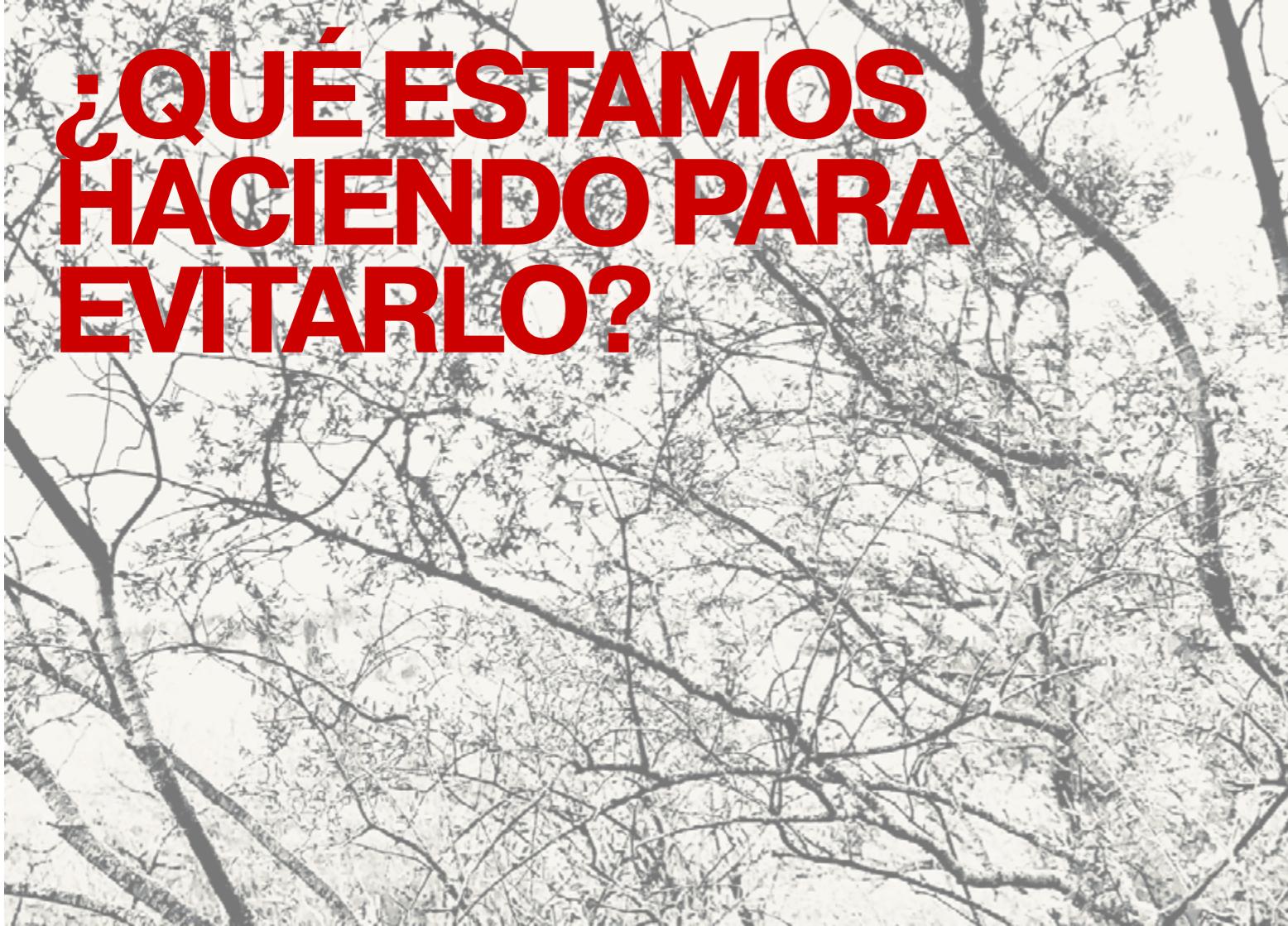


La experiencia nos enseñó algo sencillo pero potente: no siempre conviene abarcar todo. A veces, como el ciervo, hay que dejar una marca mínima, casi invisible, para que el otro complete el resto. Nuestro mapa fue un disparador, pero la verdadera intervención fue la pregunta. Porque invitó a detenerse, a mirar hacia adentro, **A RECONOCER LO INVISIBLE.**

El territorio, entendemos, no son solo las rosas, los senderos o los visitantes. También lo forman las manos que lo cuidan y las memorias que lo sostienen. Lo esencial no siempre se ve: a veces se esconde en quienes, en silencio, hacen que todo florezca.



¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO PARA EVITARLO?



Los peluches fueron una gran ayuda, lograron ser disparadores de emociones. Representaron el sufrimiento de los animales, de la naturaleza, de aquello que no tiene la oportunidad de hablar por sí solo, pero, que termina sufriendo las consecuencias de nuestras acciones.

Lo vivido hizo darnos cuenta que la función del diseño no se cierra en la creación de objetos bonitos o funcionales, sino que también es una gran herramienta social y ambiental. El diseño tiene el poder de generar un cambio de una manera única, puede provocar fuertes emociones tales como la angustia, la incomodidad, el enojo, emociones, que impulsan un cambio significativo en el pensamiento de la humanidad.

Así nos dimos cuenta que nuestra responsabilidad como diseñadores es usar la creatividad para transformar la realidad, no para generar una ilusión.

Esta crónica no busca solo registrar y contar nuestro trabajo académico, es una invitación a reflexionar y preguntarnos con seriedad: **“¿Qué estamos haciendo para evitarlo?”**

Semanas atrás, nosotros, un grupo de estudiantes de diseño, nos encontrábamos frente a una consigna que, a simple vista, parecía sencilla: definir el concepto de territorio desde nuestra visión personal. Una palabra común, de uso cotidiano, pero cargada de importancia y distintas definiciones. Este ejercicio académico terminó transformándose en un viaje creativo, el cual hizo darnos cuenta de propias contradicciones y de la urgencia ambiental que atraviesa la Argentina.

Al principio, el debate fue intenso. Cada uno de nosotros tenía su propia idea de lo que significaba un territorio. Algunos pensábamos en lo geográfico, otros en lo político, también, fue arraigado al espacio privado. Luego de una gran charla, pudimos entender que la palabra tiene una carga muy pesada, histórica, y cultural, pero, al mismo tiempo también cuenta con una parte instintiva y emocional.

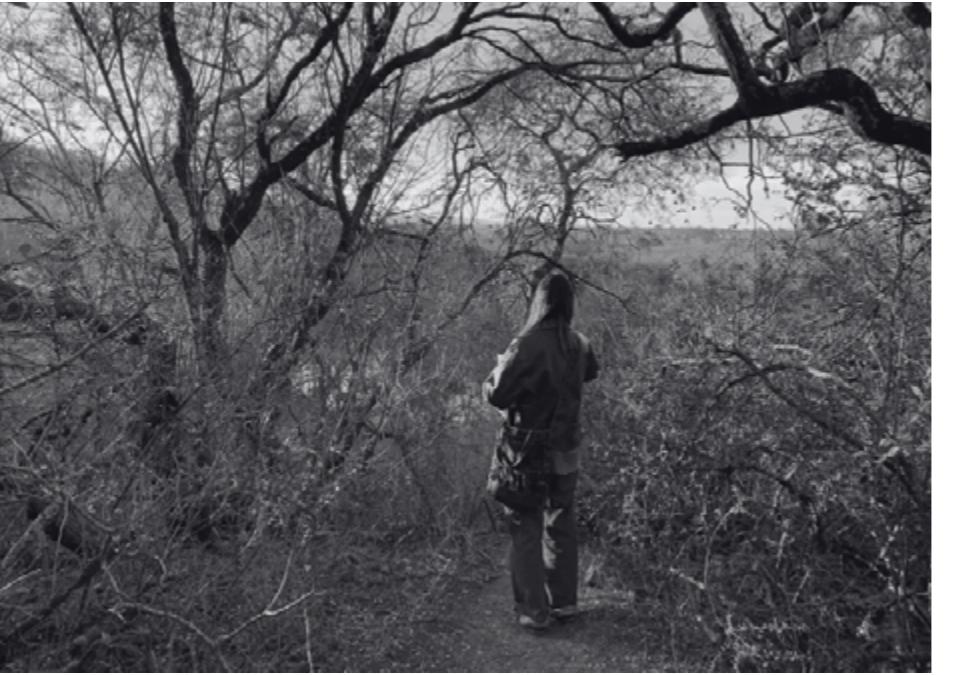
Desde nuestra perspectiva, no puede reducirse sólo a líneas en un mapa ni a propiedades tomadas. Llegamos a un acuerdo y definimos que, es un espacio de relación entre seres vivos, entre prácticas individuales y colectivas, entre sitios privados y públicos.

Fuimos testigos de varias escenas similares. Algunas personas se detenían, señalaban, se acercaban. Otros se incomodaban o sonreían sarcásticamente, la gran mayoría de las personas no sabían cómo actuar frente a la intervención.

Lo más valioso fue que en algunos casos se abrió un diálogo. Una mujer de unos cincuenta años, visitante usual de la reserva, se nos acercó intrigada. En la charla nos contó que solía ver cómo algunos visitantes alimentaban a los zorros con balanceado para perros, lo cual les genera enfermedades como la sarna. Nos relató que en los barrios cercanos, muchas veces responden con violencia cuando los animales cruzan los límites de la reserva, provocando muertes innecesarias. Las palabras de la mujer y la charla vivida nos golpeó fuerte, el problema abstracto que habíamos planteado se volvió real y urgente.

Llegando a los últimos momentos de nuestra visita, tuvimos la oportunidad de conversar con Mauro, un guardaparques. Él nos contó su visión sobre el comportamiento presenciado en la reserva: "Mucha gente al no conocer lo que es una reserva, tampoco conoce la normativa que hay en estos lugares y su objetivo principal, que es la protección de la naturaleza. Ahí entran en conflicto las actividades que queremos hacer las personas con el objetivo de preservar la flora y la fauna". Su testimonio nos confirmó, que la ignorancia era el mayor peligro que acecha a la reserva.

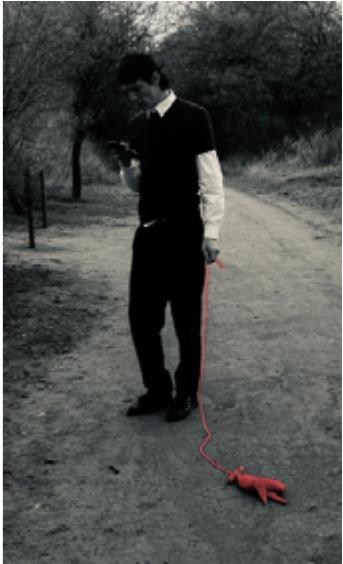
Esta experiencia nos marcó profundamente. Ver como reaccionaban las personas, debatir sobre lo vivido, sentir y presenciar la preocupación de la gente, fueron momentos claves a la hora de entender lo que significaba intervenir un territorio de esta manera.



Debido a nuestra investigación surgió la idea de que este tipo de área, no siempre se delimita por fronteras físicas, sino que se connota a través de comportamientos. Así tomamos la palabra de Konrad como referencia y entendimos que el territorio es un instinto vital, un espacio que carga con un “sentido de pertenencia” y se puede encontrar en muchas formas ya que no siempre es físico.

Cuando llegó el momento de elegir uno real, debatimos entre diferentes opciones que dialogarán con la definición planteada. Córdoba tiene múltiples espacios posibles: plazas, barrios, ríos, montañas. Sin embargo, hubo un lugar con el cual todos concordamos instantáneamente: la **Reserva Natural San Martín**, ubicada en la zona noroeste de la ciudad.

¿Por qué la Reserva? Porque representa con claridad el flagelo con el que queríamos trabajar. Es un pulmón verde, hogar de la flora y fauna más pura de la ciudad, concebido como un espacio natural y de conservación. Pero al mismo tiempo, con el paso de los años, se ha ido urbanizando cada vez más.





En el siguiente momento, tuvimos que pensar una intervención, la cual, lograra visibilizar una problemática concreta del territorio y despertar conciencia en quienes lo habitan o transitan. Desde un principio, sabíamos que un simple cartel no cumpliría con nuestras expectativas, la época en la que vivimos se encuentra saturada de mensajes y resulta muy fácil ignorar la letra impresa.

Necesitábamos generar un impacto emocional fuerte, algo que atravesara la ignorancia humana y quedará en la mente de aquellos que lo observaran. Así nació la idea de crear peluches intervenidos, animales de aspecto infantil, familiar, reconocible, pero con una vuelta macabra y perturbadora. Peluches lastimados, sucios, colgados con sogas alrededor de la reserva, que representen un grito de ayuda, una bajada a la realidad.

La elección fue bien planeada. El peluche es un objeto usualmente asociado con la ternura, lo inocente. Mezclarlo con una imagen violenta de muerte y maltrato, era una forma de manipulación que tenía el objetivo de generar incomodidad. Una contradicción que obliga a preguntarse: **¿Cómo hemos llegado a normalizar la violencia hacia los animales y la naturaleza?**

Para generar un impacto incluso más importante, acompañamos la intervención con frases contundentes tales como: "No es un accidente, es un asesinato". "¿Qué estás haciendo para evitarlo?". "Este es nuestro hogar, no un basurero". "¿Vas a querer mostrarle esto a tus hijos o contártelo?".



Estas palabras buscaban eliminar la indiferencia de las personas, nuestro objetivo era colocar a los visitantes de la reserva en un lugar de responsabilidad directa. **“Todos somos responsables de lo que ocurre aquí.”**

El 3 de septiembre de 2025 cargamos nuestros peluches y carteles. El trayecto hacia nuestro destino fue un momento de reflexión. Sentíamos una mezcla de entusiasmo, nervios y miedo: ¿Cómo van a reaccionar las personas? ¿Sentirán rechazo o aceptación hacia nuestro dispositivo? ¿Entenderán el mensaje?

Al llegar, nos tomamos un tiempo para admirar la reserva, entender sus movimientos y la forma en la que dialogaba con sus visitantes y la misma naturaleza. Caminamos juntos, buscando sitios estratégicos: senderos transitados, entradas visibles, puntos de descanso. Allí fuimos colgando nuestras intervenciones, una por una, con un nudo en la garganta.

La primera reacción que presenciamos fue de un señor que estaba corriendo por el espacio, al ver uno de los peluches se frenó y lo observó con curiosidad. Al darse cuenta del mensaje se quedó en silencio, visiblemente incómodo. Ese instante fue clave, nos confirmó que la incomodidad era necesaria y que iba a seguir pasando.

Hoy en día no es solo la casa de múltiples animales y plantas, sino que también es un lugar de caminatas, bicicletas, recreación familiar. Es decir, es un terreno que se encuentra en una constante problemática entre su función principal de refugio natural y el uso cotidiano que los humanos le damos.

Este dilema nos alarmó. La pregunta que surgió fue clara: “¿Hasta qué punto se respeta este territorio y se cumple realmente con el objetivo de protegerlo?”



TERRITORIO

¿Cómo abordarlo desde el Diseño?

Licenciatura
en Diseño



Facultad de
Arquitectura
y Diseño